

Jazmín®

Un futuro juntos

Barbara McMahon

NUEVAS FAMILIAS

Un futuro juntos

El resultado de aquella prueba de embarazo debería haber hecho que aquél fuera el día más feliz de la vida de Amber Woodworth… pero sucedió el mismo día que descubrió que se había quedado viuda. Ahora Amber tendría que empezar de nuevo como madre soltera e independiente. Su nuevo vecino, Adam Carruthers, era un atractivo bombero que había dedicado su vida a ayudar a los demás y con el que Amber no tenía la menor intención de complicar la suya…

No podía enamorarse de un hombre que ponía su vida en peligro un día tras otro…

PRÓLOGO

AMBER Woodworth estaba sentada en el primer banco de la iglesia, intentando no prestar atención al sermón del sacerdote. Su mirada estaba fija en el ataúd, cubierto por una bandera.

Su marido, con el que se había casado tres meses antes, estaba dentro de ese ataúd.

Seguía sin creerlo. Tres días antes había hablado con Jimmy por teléfono y ahora... estaba muerto.

Su matrimonio aún no había empezado siquiera y ya nunca podría ser lo que habían soñando...

Las lágrimas amenazaron con asomar a sus ojos de nuevo y Amber tuvo que respirar profundamente. Si aguantaba un poco más podría escapar al santuario de su apartamento antes de romperse en pedazos.

Su madre apretó su mano y ella intento sonreír, pero no era posible. Su madre y su padrastro, Matt, la habían apoyado mucho en los últimos días. No habría podido aguantar sin ellos y sabía que estarían a su lado en todo momento, pero eso no cambiaba nada. La realidad era que tendría que seguir adelante sola.

No, no sola del todo.

Amber se llevó una mano al abdomen. Su madre y Matt lo sabían. Pero nadie más. Ni siquiera había podido decírselo a Jimmy...

Ya no sabría nunca que iba a tener un hijo en el mes de noviembre.

Entonces miró a su madre, que también estaba embarazada. Qué raro estar embarazada al mismo tiempo que ella. Su amiga Kathy, del instituto, también estaba esperando un niño, pero eso era normal porque eran de la misma edad.

Su madre no era muy mayor, pero le resultaba raro que fueran a tener un hijo casi al mismo tiempo. ¿Podría mirar a ese niño como un hermano o una hermana? Tenía edad suficiente para ser su madre.

En cuanto el sacerdote terminó el sermón, empezó a sonar un cántico religioso, pero ella no oía nada.

La madre de Jimmy estaba llorando. Amber sabía que Virginia

Woodworth le lloraría toda la vida porque había sido lo más importante para ella. Quizá demasiado.

Se sentía incómoda cada vez que Virginia interfería en su matrimonio. Solía ir a su apartamento casi a diario y, a veces, hasta había llegado a pensar que Jimmy se quedaba a dormir en el campamento sólo para evitarla.

No, eso no era verdad. Jimmy era un soldado profesional. Pero lamentaba las horas que pasó en el campamento cuando podía haber estado con ella.

De haber sabido que les quedaba tan poco tiempo, ¿habría cambiado algo?

El viaje al cementerio pasó como un soplo. Como el breve servicio religioso frente a la tumba.

Nunca volvería a ver a Jimmy. Nunca volvería a reírse con él, no podrían hacer planes para el futuro. Lo había querido desde que tenía quince años, en el instituto, cinco años atrás. Siempre había pensado que pasaría toda su vida con él.

Cuando terminó el servicio religioso, un soldado dobló la bandera y se la dio a un teniente que, a su vez, se la entregó a Amber.

—En nombre de una nación agradecida —dijo solemnemente.

Amber apretó la bandera contra su pecho, mirando el ataúd a través de las lágrimas. Iba a cumplir veinte años el mes siguiente y ya era viuda. ¿Cómo iba a seguir adelante sin el hombre con el que había querido pasar su vida?

—Deberían dármela a mí —sollozaba Virginia—. Ha sido mi hijo mucho más tiempo que su marido. Deberían habérmela dado a mí.

Su marido intentó hacerla callar, pero la pobre mujer, fuera de sí, no dejaba de gritar, llamando la atención de todo el mundo.

Amber estaba atónita.

—¿Qué hago, mamá, se la doy?

Sara negó con la cabeza.

—Es tuya —dijo en voz baja—. Guárdala para tu hijo.

CAPÍTULO 1

EL MES de julio era precioso en San Francisco, pensaba Amber mientras se sentaba en un banco del parque para mirar el mar, en la distancia. Una brisa fresca soplaba del oeste, aliviando un poco el calor.

Se sentía como si acabara de salir de un período de hibernación. Y, en cierto modo, así era. La muerte de Jimmy había sido tan inesperada que parecía verlo todo a través de una neblina. Pero últimamente había empezado a fijarse en cosas...

Por ejemplo, en el hombre que corría por el parque. Lo había visto antes. Iba a correr un día sí y otro no a esa misma hora por la pista y cuando llegaba a su lado se paraba para hacer flexiones.

Amber se preguntó si habría decidido sentarse en aquel banco para mirarlo. ¿O podía convencerse a sí misma de que era una coincidencia?

Tenía buenos bíceps y parecía hacer las flexiones sin esfuerzo alguno. Los músculos de su espalda se tensaban con el esfuerzo... y tenía unas piernas largas y bien formadas. Una ligera capa de sudor cubría su bronceada piel.

Amber lo observó haciendo al menos una docena de flexiones. Cuando terminó, el hombre levantó la mirada. Después de saludarla con la mano, empezó a correr de nuevo y se perdió de vista.

Y ella dejó escapar un suspiro.

Podría ser un modelo de calendario con ese cuerpo, pensó. Le había hablado a su amiga Bets de él y su amiga dijo que quería verlo, pero Amber no estaba interesada en compartir a su corredor solitario.

Pero no debería sentirse interesada por otro hombre cuando acababa de perder a su marido, pensó, sintiéndose culpable.

Aunque no estaba realmente interesada, se dijo a sí misma. Meramente, observaba aquel físico tan atractivo.

Muy bien, sí, sentía cierto interés... pero para probar que la vida seguía adelante, como decía su madre.

Diez minutos después, se levantó para volver a casa. Había terminado el segundo año de carrera y tenía que arreglar papeles, limpiar su apartamento y decidir dónde iba a vivir en el futuro. Un

estudio cerca de la facultad no serviría cuando naciera su hijo. Pero había dejado la decisión hasta que terminaron las clases.

No le apetecía irse a vivir con su madre y su padrastro, aunque ambos habían insistido en que lo hiciera. Su madre y Matt se habían casado poco después de que lo hiciera ella y prácticamente seguía considerándolos recién casados. No quería molestar.

Además, se sentía incómoda con ellos. Estaban tan enamorados... envidiaba las atenciones de Matt hacia su madre, cómo estaba siempre pendiente de ella, cómo no se apartaba de su lado.

Ella no había tenido eso con Jimmy porque su marido estuvo mucho tiempo destinado fuera del país.

Amber suspiró de nuevo. Iba al parque desde que llegó el buen tiempo, pero no sabía cuándo había empezado a fijarse en el corredor solitario. Un par de semanas, quizá. Ahora esperaba cada día para verlo pasar.

¿Sería también un estudiante con tiempo para hacer deporte a media tarde? Parecía mayor que sus compañeros de clase...

Quizá trabajaba de noche.

Aunque no debería estar especulando, se dijo, mientras abría el portal. Su marido no llevaba muerto ni cinco meses. ¿No debería estar de luto al menos durante un año?

El teléfono estaba sonando cuando entró en casa.

—¿Amber? —era Virginia Woodworth, su suegra.

—Sí, soy yo —suspiró ella, dejándose caer en el sofá.

De nuevo, se sintió culpable. No le había dicho a los Woodworth que serían abuelos antes de Navidad, pero la noticia les llenaría de alegría...

Entonces, ¿por qué no se lo había contado?

—¿Dónde estabas? —preguntó Virginia—. Te he llamado tres veces. James y yo queremos que vengas a cenar esta noche a casa. James quiere que desmantelemos la habitación de Jimmy, pero yo creo que es demasiado pronto. ¿Tú qué piensas?

—Cuando llegue el momento, vosotros mismos lo decidiréis —contestó Amber.

Virginia le hacía esa pregunta al menos una vez por semana. Amber, sin embargo, no había tenido que tomar esa decisión porque Jimmy y ella nunca habían vivido juntos durante su breve

matrimonio.

¿Qué clase de matrimonio era ése?

—No necesitamos la habitación para nada. Yo creo que deberíamos dejarla como está.

—Jimmy no volverá, Virginia.

—¡Ya lo sé! —exclamó la mujer, con la voz rota—. No puedo creer que mi niño se haya ido.

Amber tuvo que morderse los labios. También era difícil para ella creer que Jimmy se había ido. Quizá porque, durante los últimos dos años, sólo lo había visto un par de semanas.

Y había cambiado. Y ella había cambiado también.

Por primera vez, se preguntó si quizá habría sido un error casarse. Su madre se lo había dicho antes de la boda. Según ella, deberían esperar hasta que Jimmy se licenciara. Pero, ¿habrían sido diferentes las cosas de haber esperado?

—No puedo ir a cenar esta noche, Virginia.

—¿Por qué?

—Porque tengo otros planes, pero sugiero que esperes un poco para desmantelar la habitación.

No quería estar en medio de una discusión entre Virginia y su marido. En general, solía ponerse del lado de James Woodworth y eso molestaba a su suegra. Pero él veía las cosas de forma más pragmática.

—¿Qué planes tienes? —preguntó la mujer enseguida.

Amber dejó escapar un suspiro. Últimamente, su suegra era cada vez más inquisitiva, más exigente. Quería estar todo el día con ella para hablar de Jimmy y no le gustaba que fuera a la universidad.

La vida de Virginia Woodworth se había detenido cuando murió su hijo y parecía esperar que la de Amber se detuviera también.

Sin embargo, ella intentaba seguir adelante. Tenía que seguir adelante.

—Me gustaría ir a cenar con vosotros el sábado. ¿Qué te parece?

Entonces se lo diría. Había mantenido el secreto durante demasiado tiempo. El viernes tenía que ir al ginecólogo, de modo que podría darles las últimas noticias sobre su embarazo.

Quizá saber lo del niño ayudaría a Virginia a rehacer su vida. Con un nieto, seguramente poco a poco podría olvidar la muerte de su hijo...

O quizá no. Quizá no podría recuperarse nunca.

—Cuando quieras, Amber, ya lo sabes. Te esperamos aquí el sábado a la siete.

Amber colgó el teléfono y miró la fotografía de su marido.

—Tu madre me está volviendo loca.

No hubo respuesta.

El sentimiento de culpa parecía ser un compañero constante desde la muerte de su marido. Debería llorar tanto como lloraba Virginia, pero no era así. Se sentía como si estuviera en el limbo.

Echaba de menos a Jimmy, desde luego, pero durante el último año no habían sido tan inseparables como en el instituto. El estaba en el ejército y había cambiado. Ya no era el chico que ella había conocido. Y, seguramente, tampoco ella era la misma.

Amber se llevó una mano al abdomen, deseando que el niño hubiera podido conocer a su padre. Su propio padre la había abandonado cuando ella tenía tres meses y siempre echó de menos una figura paterna. Pero no pudo hacer nada, como no podía hacer nada ahora.

Al menos, su niño tendría a Matt, su padrastro, y a James, el padre de Jimmy. Ella no había tenido abuelos siquiera.

Tendría que apoyarse en sus amigos y en los abuelos para que el niño tuviera como ejemplo una figura masculina porque no pensaba volver a casarse.

Si volvía a hacerlo alguna vez, sería con un hombre que tuviera una ocupación segura, un mecánico o un contable, no alguien que trabajaba en las fuerzas armadas.

Adam Carruthers hizo un esfuerzo para terminar el recorrido. Lo más importante era llegar donde estaba la rubia. La había visto por primera vez unas semanas antes y parecía ir al parque todas las tardes, a la misma hora que él.

Y Adam no faltó a la cita desde entonces.

Recordaba su sonrisa la primera vez que la saludo con la mano. Tenía ganas de hablar con ella, pero no se le ocurría ninguna excusa. Había vuelto dos veces a la zona de los bancos para ver si estaba, pero ya se había ido.

Debía vivir cerca del parque, pensó. Él vivía en un edificio antiguo a un par de manzanas de allí. Estaba cerca del cuartel de bomberos, de modo que podía ir andando a trabajar, y no era caro

porque la mayoría de los inquilinos eran estudiantes.

Aunque él no conocía a sus vecinos; se había mudado allí unas semanas antes, cuando lo trasladaron desde el cuartel de Hunter's Point.

Cuando pasó por delante del banco, la rubia ya se había ido. Quizá el viernes se atrevería a hablar con ella, pensó.

El viernes, Amber tomó el autobús para ir a la nueva casa de su madre, cerca del puerto. Matt abrió la puerta y la saludó con un abrazo, como siempre.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Cómo está mi madre?

—Muy bien. Tiene más energía ahora que está en el segundo trimestre.

Amber sonrió. Matt estaba encantado con la idea de ser padre... y abuelastro a la vez. Incluso solía ir con ellas al ginecólogo.

—Hola, cariño —la saludó su madre—. Espero no haberte hecho esperar.

Amber intentó sonreír al ver que Matt le pasaba un brazo por la cintura. No podía evitarlo, sentía envidia. Pero no debería ser así. Sentir envidia de su propia madre era absurdo. Sin embargo, desearía tener a alguien que la tomara por la cintura, alguien que estuviera siempre a su lado...

Pero encontraría a alguien, pensó. Tenía que encontrarlo porque sentía como si nunca hubiera tenido pareja. La corta luna de miel y los pocos días que había pasado con Jimmy apenas contaban.

—Queremos ir a comer después del ginecólogo, ¿te parece bien? —preguntó Sara.

—Si no os importa, prefiero irme a casa.

Si iba a comer con ellos, no podría ver al corredor solitario en el parque. Y si no lo veía aquel día tendría que esperar hasta el domingo.

—Te llevaremos a casa después. Así te ahorrarás el autobús.

—Muy bien —sonrió Amber. Pero estaría pendiente del reloj para comprobar que llegaba a tiempo al parque.

Era curioso que estuviera tan interesada en aquel extraño, alguien a quien sólo podía ver a distancia durante diez minutos. Pero hacía tanto tiempo que nada la ilusionaba...

Tendría que hablar con Bets. No le apetecía contarle a su madre

que se quedaba mirando a un desconocido.

—Pienso contarle a mis suegros lo del niño mañana por la noche —anunció Amber poco después, desde el asiento de atrás del monovolumen que su padrastro le había comprado a su madre. El deportivo no era apropiado para una familia, decía.

—Pues imagino que se llevarán una alegría tremenda —dijo su madre, mirando por encima del hombro—. Claro que Virginia querrá saber por qué no se lo has dicho antes. Pero James estará encantado, seguro.

—Espero que, cuando lo sepa, Virginia tenga algo más en que pensar, además de Jimmy. Me resulta tan difícil estar con ella, mamá. Sólo quiere que miremos fotografías de Jimmy, hablar de él cuando era niño...

—La pobre lo está pasando fatal, hija. Está haciendo lo que puede. Pero el tiempo lo cura todo. Y la noticia de que va a ser abuela, claro.

—¿Quieres venir de compras mañana? —preguntó Matt—. Vamos a comprar una cuna, un moisés, una bañera, una mecedora y toda la parafernalia que, según tu madre, necesita un niño.

Amber sonrió.

—No, probablemente yo compraré mis cosas en una tienda de segunda mano, pero todavía no. No tengo sitio en el estudio, así que tendré que mudarme. Ahora que han terminado las clases, me dedicaré a buscar piso. Menos mal que el seguro de Jimmy cubre todos los gastos durante un tiempo... No sé qué clase de trabajo iba a encontrar estando embarazada de cinco meses.

—No vas a comprar nada en una tienda de segunda mano —replicó su padrastro—. Nosotros te lo compraremos todo. Al fin y al cabo, somos los abuelos.

—No podéis... —empezó a decir Amber.

—Claro que podemos —la interrumpió su madre—. Y queremos hacerlo. Sólo tienes que escoger lo que quieras.

Esa generosidad la emocionó, pero intentó disimular.

—Primero, tengo que encontrar un apartamento.

—Nuestro antiguo apartamento está vacío —dijo su madre—. Podrías irte allí.

—Mamá, te mudaste hace dos meses. ¿Por qué conservas ese apartamento?

Sara se quedó callada un momento antes de contestar:

—Porque es un piso de renta antigua y pensé que te gustaría vivir allí después de lo de Jimmy. Tiene dos dormitorios, está cerca de la parada del autobús que lleva a la facultad y ya sabes dónde está todo. Es un barrio muy agradable, Amber. Piénsatelo.

—Lo haré —dijo ella, con un nudo en la garganta.

Su madre siempre había sido tan generosa… ¿Lo sería ella con su hijo?

Sara se quedó sola con una niña cuando su marido la abandonó y sus padres no la ayudaron nunca, de modo que ella lo tenía mucho más fácil. Y sabía que Virginia y James también la ayudarían.

Podía hacerlo. Querría a aquel niño y lo educaría para que fuera la mejor persona posible. Y le hablaría de su padre. A Jimmy le habría encantado tener hijos…

Amber llegó al parque a la hora justa. El ginecólogo le había dicho que todo iba perfectamente y que, en unas semanas, tendrían que hacerle otra ecografía. Por el momento, no sabía el sexo de la criatura y decidiría entonces si quería saberlo o prefería esperar hasta el parto.

Se le notaba un poco el embarazo, pero no mucho. Había perdido el apetito después de la muerte de Jimmy, pero el ginecólogo le dijo que todo iba bien. Por el momento, podía seguir usando sus vestidos, pero pronto tendría que empezar a comprar ropa premamá.

Sentada en el banco, echó la cabeza hacia atrás para disfrutar del sol. Se sentía casi feliz. En unos meses, tendría un niño y un nuevo hermanito o hermanita. Y si su niño nacía primero, sería mayor que su tío o su tía. Qué raro todo.

Amber esperó, pero el corredor no aparecía. Entonces miró hacia la pista. Ni rastro.

Una joven madre empujaba un carrito de niño. Los pájaros cantaban en los árboles. No había brisa aquel día y hacía más calor que antes, pero Amber esperó, mirando el reloj.

¿Habría ido antes de su hora habitual?

Pero pasaron los minutos y supo que no iba a ver a su corredor solitario.

La desilusión la sorprendió. Pero si no sabía su nombre

siquiera… No sabía nada sobre él. Y, sin embargo, lo esperaba con emoción.

Media hora después, decidió volver a casa.

¿Aparecería al día siguiente?, se preguntó. Por si acaso, le esperaría. Tenía tiempo antes de ir a cenar a casa de los Woodworth.

CAPÍTULO 2

AMBER se sentía enferma cuando llegó a casa de Virginia y James Woodworth el sábado por la tarde. Hasta el momento, no había tenido náuseas y mareos como su madre y tampoco había engordado mucho. Ni siquiera estaba cansada.

Pero decirle a los padres de Jimmy que iba a tener un niño la estresaba por completo.

Virginia la saludó con tristeza, abrazándola durante largo rato, como si así quisiera capturar algo de su hijo.

James la abrazó también y luego la acompañó al salón.

—¿Te aburres mucho ahora que no tienes clases? —le preguntó su suegro.

—No. tengo muchos planes que hacer —contestó ella.

—La facultad no empieza hasta septiembre. ¿Qué piensas hacer hasta entonces? —preguntó Virginia, que estaba sirviendo el té.

—Siéntate, Virginia, por favor. Tengo algo que contaros.

Había ensayado aquel discurso una y otra vez. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Virginia y James se alegrarían muchísimo al conocer la noticia.

—¿Qué es? —preguntó su suegra, sentándose al borde de la silla con expresión preocupada.

—Estoy embarazada —dijo Amber.

Virginia y James se miraron.

—¿De Jimmy? —preguntó su suegra.

—Claro.

—¿Y por qué no nos lo habías dicho antes? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Cómo te encuentras? Ay, James. Vamos a ser abuelos. Yo no esperaba esto... después de una noticia tan terrible.

James abrazó a su mujer.

—Es una noticia maravillosa.

—¿Por qué no nos lo has contado antes? Supongo que lo sabrás desde hace algún tiempo. ¿Jimmy lo sabía?

Amber negó con la cabeza.

—No lo sabía la última vez que hablé con él. No pude decírselo.

—Pero podrías habérnoslo contado a nosotros antes. ¿Por que no lo has hecho?

—Cariño, lo importante es que ahora lo sabemos —intentó calmarla su marido.

—¿Cuándo nacerá?

—Pues...

—Tenemos tantos planes que hacer... Deberías venirte a vivir con nosotros en lugar de quedarte en ese apartamento tan pequeño. Aquí hay mucho sitio.

—Pero...

—En tu casa no hay sitio para un niño, pero aquí puedes dormir en la habitación de invitados y el niño en la de Jimmy.

—Gracias, Virginia. Te lo agradezco mucho, de verdad, pero prefiero vivir sola. Mi madre y mi padrastro también me han invitado a vivir con ellos...

—Pero si tu madre también está esperando un niño. Ella tendrá muchísimo trabajo criando al suyo.

—Por el momento, estoy pensando mudarme a nuestro antiguo apartamento. Tiene dos dormitorios, uno para mí y otro para el niño —dijo Amber rápidamente—. Y así estaré cerca de ti y de mi madre.

—No, insisto en que vengas a vivir aquí.

—Pero...

—¿Sabes si es niño o niña? Tenemos que comprar muebles nuevos, James. Y no hemos guardado las cosas de cuando Jimmy era pequeño —siguió Virginia, yendo de un lado para otro.

Amber la observaba, apesadumbrada. Había esperado entusiasmo, pero aquello se le estaba escapando de las manos. No tenía intención de vivir con los padres de Jimmy. Ella era la madre del niño y sería ella quien tomara las decisiones.

—Virginia, ya hablaremos del asunto durante la cena —intervino James, siempre al quite—. Creo que todos tenemos hambre.

—¿Cómo puedes pensar en comer en un momento como éste? ¡Vamos a ser abuelos!

—Pero no esta noche. Hemos invitado a Amber a cenar y yo creo que lo mejor es que le demos de cenar.

Amber apenas pudo decir palabra durante la cena. Virginia prácticamente hablaba sola, haciendo planes sin parar. Si la dejaba, planearía la vida de su hijo hasta la universidad. Pero quizá era

mejor dejarla soñar. La pobre había sufrido mucho.

Ya habría tiempo para decirle lo que pensaba hacer. No tenía por qué decidir nada aquella noche.

Se preguntó entonces qué habría dicho Jimmy del niño. No habían hablado de formar una familia. El estaba en el ejército y Amber había dejado claro que quería terminar la carrera antes de buscar trabajo como profesora. ¿Le habría hecho feliz tener un hijo tan pronto?

Pero era absurdo hacerse esas preguntas porque ya no podrían tener respuesta.

Lo importante ahora era pensar en el futuro. Si ahorraba dinero, podría seguir yendo a la universidad. Virginia podría cuidar de su hijo mientras ella iba a clase y antes de que el niño tuviera que ir a la guardería habría terminado la carrera y podría encontrar trabajo.

Amber volvió al presente cuando Virginia dejó de hablar.

—¿Has oído algo de lo que he dicho?

—No, lo siento. Estaba pensando en el futuro...

—¿Y qué has pensado?

—Espero haber terminado la carrera antes de que el niño vaya a la guardería. Ser profesora es un trabajo perfecto. Tendría vacaciones en Navidad y durante todo el verano, así que sólo necesitaría una niñera unas horas al día...

—Tonterías. Tú no tienes por qué trabajar. Nosotros podemos cuidar de ti y de mi nieto.

—No pienso quedarme en casa, Virginia.

—Entonces, quizá deberías considerar que nosotros criemos al niño —dijo su suegra—. Tú eres joven, tienes toda la vida por delante. Nosotros podemos encargarnos de él. Y le hablaremos de su padre...

Amber negó con la cabeza.

—Yo cuidaré de él. Pero espero que sus abuelos formen parte de su vida.

Se marchó en cuanto le fue posible. No quería discutir con los Woodworth, pero estaba harta de que Virginia le organizase la vida. Sí, sería la abuela del niño, pero también tendría otra abuela y Amber pensaba contar con ella mucho más.

Cuando llegó a casa, llamó a su amiga Bets.

—¿Qué tal ha ido?

—Virginia está obsesionada con el niño. Incluso quiere criarlo ella.

—Echa de menos a su hijo. Es normal, pero vas a tener que ponerte firme.

—Eso pienso hacer.

—Bueno, ¿has visto a tu amigo?

—¿Qué amigo? —Amber sabía a quién se refería, pero prefirió hacerse la tonta.

—Sí, claro, como que tienes un montón de amigos secretos.

—No es mi amigo, ni siquiera lo conozco.

—Pues llévale una cantimplora de agua o algo así. Tiene que ser duro hacerse el cachas delante de las chicas. Ofrécele un poco de agua al pobre.

Amber soltó una carcajada. Ni en un millón de años podría imaginarse haciendo una cosa así.

—Bets, no quiero conocerlo. Sólo... disfruto mirándolo.

—Cariño, tú no estás muerta. Tienes que encontrar otro hombre y seguir adelante.

—Pero Jimmy murió hace tan poco...

—Sí, lo sé. Pero la verdad es que había desaparecido hacía tiempo. Yo soy tu amiga desde hace dos años y no lo conocí siquiera.

Eso era verdad. Se casaron a toda prisa porque Jimmy sólo tenía una semana para estar en San Francisco. Bets estaba invitada a la boda, pero no pudo acudir porque tenía que trabajar ese día. Y las pocas veces que le daban permiso, Amber lo había querido para ella sola.

—No me apetece tener pareja tan pronto.

—Muy bien, pues espera un poco más. Pero no te encierres en ti misma. Es horrible, lo sé, pero eres demasiado joven como para seguir siendo viuda toda tu vida. ¿Quieres que vayamos al cine mañana?

Le habría gustado, pero su corredor solitario iría a correr por el parque...

—No, mejor otro día.

Siguieron charlando un rato y luego se despidió.

No podía creer que estuviera rechazando una tarde de diversión con su amiga por la posibilidad de ver a un hombre al que ni

siquiera conocía.

Al día siguiente, Amber fue temprano al parque. Esperaba ver al corredor solitario aquel día. Quería pensar en algo que no fuera la confrontación con su suegra.

Virginia la había llamado por teléfono para sugerir que pasara por su casa porque quería hablar de ciertos temas. Aún le quedaban cuatro meses para dar a luz, pero su suegra estaba deseando hacer planes.

Y, de nuevo, el corredor solitario no apareció. ¿Habría dejado de hacer ejercicio? A lo mejor le habían cambiado el turno de trabajo y lo hacía a otras horas... O a lo mejor era un estudiante y había vuelto a casa para pasar el verano.

Fuera cual fuera la razón, Amber volvió a casa desilusionada.

En lugar de tener antojos como fresas con nata o pepinillos, ¿tendría una fijación con aquel extraño?

Pero, ¿para qué? El no estaría interesado en una viuda embarazada, eso seguro.

Aunque tampoco ella quería que se interesara. Bueno, no exactamente.

Pero se sentía sola. Llevaba un año sintiéndose sola. Los correos electrónicos de Jimmy no habían podido aliviar esa sensación.

Ahora, ni siquiera tenía eso.

Después de tres visitas al parque, Amber decidió olvidarse del corredor solitario. Evidentemente, había dejado de correr a esas horas. Tendría que encontrar otra distracción.

El sábado por la tarde había mucha gente en el parque: niños, perros, gente corriendo, ancianos sentados en los bancos, tomando el sol.

Amber observó a una ardilla subiendo a un árbol. Pero hacía mucho calor. Quizá debería dar un paseo bajo los árboles, pensó. Si volvía a su estudio, tendría que ponerse a guardar cosas en cajas...

—Hola.

Amber levantó la mirada y se quedó sorprendida. El corredor solitario estaba delante de ella, vestido de arriba abajo, con el brazo en cabestrillo.

—Hola. Le había echado de menos. ¿Ha tenido un accidente? —preguntó, observando no sólo la escayola del brazo, sino las quemaduras en la mejilla y el cuello.

—Un pequeño altercado con un incendio. Por el momento no puedo correr —contestó él, sentándose a su lado.

Amber tragó saliva. No lo había saludado nunca y ahora le decía que lo había echado de menos. ¿Estaba tonta o qué?

Pero la vergüenza no explicaba la sensación de hormigueo que sintió cuando él rozó su pierna, ni que le faltase el aire. ¿Cómo había conseguido llevarse todo el aire del parque?

—Lo siento. ¿Qué le ha pasado en el brazo?

—Me lo rompí al caer de un piso a otro. Voy a tener que llevar la escayola durante varias semanas. Hasta entonces, nada de flexiones.

—Tampoco podrá correr, me imagino.

«Se ha parado a hablar conmigo», pensaba. «Se ha parado a hablar conmigo».

—No, tampoco puedo correr. Por cierto, me llamo Adam Carruthers —dijo él, ofreciéndole su mano.

—Amber Woodworfh. ¿Se ha quemado su casa?

Amber apartó la mano enseguida, como si se hubiera quemado. Él tenía una mano grande, dura... A lo lejos, podía oír las risas de unos niños, pero se sentía alejada, como en una burbuja, sola con Adam Carruthers.

—No, la mía no. Soy bombero. Estábamos intentando salvar un viejo edificio en la calle Masonic, pero el fuego lo destruyó por completo. El piso en el que estábamos trabajando se hundió y acabé en el de abajo.

—Ah, pues me alegro de que no haya sido nada más grave. Es una profesión peligrosa la de bombero.

Un bombero... eso explicaba que hiciera tanto ejercicio. ¿No trabajaban días alternos?

—¿Viene al parque a menudo? —preguntó él.

—Casi todos los días. Pero voy a mudarme de casa, así que...

Hora de terminar con aquello. No había futuro para esa amistad. En poco tiempo estaría en el piso de su madre, al otro lado de la ciudad, de modo que no volvería a encontrarse con Adam Carruthers.

Pero lo echaría de menos.

—Me alegro de que no haya sido nada —dijo, levantándose.

—¿Cuándo piensa mudarse?

—A final de mes o a principios del siguiente. Bueno, me voy. Adiós.

Tenía que marcharse antes de imaginar una docena de razones para seguir en contacto, para volver al parque y observarlo correr con menos ropa de la que era recomendable.

—La acompaño —dijo él.

—Vivo muy cerca de aquí, así que no necesito escolta, gracias.

—Como quiera. Adiós, Amber Woodworth.

Amber se alejó, pensativa. Pero cuando estaba esperando en el semáforo, se percató de que él estaba a su lado.

—¿Me está siguiendo?

—Pues supongo que eso depende del punto de vista—contestó él.

—¿Qué significa eso?

—Me parece que vamos en la misma dirección.

—Ah, ya veo —murmuró Amber, cortada—. Bueno, siga... siga adelante.

No parecía peligroso y menos con un brazo escayolado. Además, la miraba con un brillo burlón en los ojos...

Amber esperó hasta que él cruzó el semáforo y luego empezó a caminar detrás de él. Aquello era completamente ridículo. Adam Carruthers giró en su calle... ¿Sabría dónde vivía?

Y, de repente, se volvió.

—¿Me está siguiendo?

—No, es que vivo aquí —contestó ella, señalando el edificio.

—Yo también vivo aquí, en el último piso.

—¿En serio?

—Sí. ¿Eres estudiante? —preguntó él entonces, tuteándola.

Amber asintió.

—Era de suponer. Viven muchos estudiantes en el edificio. Encantado de conocerte, vecina.

Entraron juntos en el portal y le señaló su nombre en uno de los buzones.

—¿Lo ves? No estoy mintiendo, somos vecinos.

Amber sonrió, contenta. Seguiría en el estudio un par de semanas, de modo que podrían ser amigos. Ser amigo de alguien no era nada malo.

—Gracias —murmuró, cuando él le abrió la puerta del ascensor.

—Si subo contigo en el ascensor, ¿pensarás que estoy siguiéndote?

—Una mujer debe tener cuidado —contestó ella. Su madre estaría orgullosa, pensó.

—Sí, tienes razón. Si te sientes incómoda, esperaré.

—No seas bobo, venga, sube. Yo vivo en el cuarto.

Cuando se cerró la puerta, Amber se preguntó si estaba cometiendo un error. Adam parecía ocupar demasiado espacio. Y su proximidad la ponía nerviosa.

Absurdamente, sentía el deseo de acicalarse el pelo, de comprobar si llevaba los labios pintados... afortunadamente, la blusa ancha camuflaba el embarazo.

¿Se habría dado cuenta? Ella se había fijado en todo, desde las arruguitas alrededor de sus ojos a su estatura, más de metro ochenta y cinco, su pelo oscuro, un poco largo...

Bets diría algo, haría algo para romper la tensión. Pero Amber permaneció callada.

Afortunadamente, el ascensor se detuvo enseguida en el cuarto y Adam le abrió la puerta.

—¿Quieres que tomemos una copa más tarde, en la terraza?

En el edifico había una terraza y el administrador dejaba que los inquilinos la usaran como zona de recreo. Fue una de las razones por las que alquiló el estudio.

Pero cuando estaba a punto de contestar...

—Amber, ¿dónde estabas? Llevo veinte minutos esperando.

Era Virginia Woodworth, en el descansillo, mirando a Adam como si quisiera fulminarlo.

—Virginia, te presento a Adam Carruthers, un vecino. Adam, Virginia Woodworth.

—Su suegra —dijo ella a toda prisa—. Vamos, Amber. Quiero enseñarte unos catálogos.

Adam las observó alejarse por el descansillo, suspirando.

Casada.

No sabía que estuviera casada. Intentó recordar entonces si llevaba una alianza en el dedo... no, se habría fijado.

Y aunque no la llevara, ¿qué hacía tonteando con un extraño si estaba casada?

Él no estaba buscando esposa, pero sí una amiga simpática con

la que salir de vez en cuando... pero si estaba casada, no.

Él no tonteaba con la esposa de otro hombre.

Se había engañado a sí mismo, pensó. Estaba convencido de que la rubia lo miraba con interés... Pero, a lo mejor, mientras lo miraba, estaba haciendo la lista de la compra. Riendo, Adam cerró la puerta del ascensor y pulsó el botón del quinto.

Pero cuando llegó a casa se dejó caer sobre el sofá, aburrido. No tenía nada que hacer hasta que el médico le diera el alta. Y eso podría tardar semanas.

¿Qué iba a hacer durante tanto tiempo?

—¿Dónde estabas? —preguntó Virginia mientras Amber abría la puerta del estudio.

—Fui a dar un paseo por el parque. Como casi todos los días —contestó ella—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba esperándote. ¿No puedo visitar a mi nuera? —replicó Virginia, a la defensiva.

—Ya, claro. Pero no te esperaba. Podrías haber avisado. Siéntate, Virginia. ¿Quieres tomar algo?

Si su suegra no hubiera aparecido de improviso, ¿estaría en aquel momento tomando una copa en la terraza con Adam Carruthers?

—Si tienes té helado... ¿Quién era ese hombre?

—Un vecino. Vive en el piso de arriba. Bueno, ¿qué has traído?

Virginia sacó un catálogo del bolso.

—Me han dado esto en una tienda. Tienen muchísimos muebles... mira esta cunita, es de estilo francés.

Amber cerró el catálogo.

—Ya te dije que mi madre y Matt van a comprarme la cuna y todo lo demás.

—Pero nosotros también somos los abuelos y queremos hacer algo. Tu madre está esperando un niño, yo no tengo a nadie... Por favor, deja que compre la cuna por lo menos.

¿Qué podía decir? No quería herir sus sentimientos. Y, en el fondo, la entendía.

—Virginia, no tenemos que decidir nada hoy mismo. Tengo que mudarme de casa antes de empezar a comprar muebles. Tendremos tiempo para discutirlo cuando me haya mudado.

—No veo que tengamos nada que discutir —protestó su suegra.

—Tendremos que hablar de muchas cosas, pero no hoy mismo…

—Amber, sólo estas retrasando lo inevitable. El tiempo pasa muy rápido y antes de que te des cuenta, el niño estará aquí y no lo tendrás todo listo.

—Lo tendré todo listo, te lo prometo. ¿Dónde está James?

—Se ha ido a jugar al golf.

—Pues a lo mejor tú deberías hacer lo mismo.

—No lo creo —replicó Virginia.

Lo que su suegra necesitaba era un pasatiempo, algo que la distrajera. Algo que la hiciera olvidar la muerte de su hijo y el niño que estaba a punto de llegar. Nunca había trabajado fuera de casa, pero Amber estaba segura de que pertenecía a un club o algo así.

—¿Ese hombre sabe que estás casada? —preguntó su suegra entonces.

Amber la miró, sorprendida.

—En realidad, ya no estoy casada —contestó.

Nunca se había sentido casada. Habían tenido una preciosa luna de miel, que duró una semana, y cinco noches repartidas en varias semanas antes de que Jimmy se marchara. Nunca habían ido a hacer la compra juntos, nunca habían discutido por el canal de televisión o habían invitado a sus amigos a cenar…

—¿Qué quieres decir? Claro que estás casada.

—En realidad, los votos dicen: «hasta que la muerte nos separe» —le recordó Amber.

—¿Estás saliendo con ese hombre? —preguntó su suegra, ofendida.

—No estoy saliendo con nadie. Sólo es un vecino.

—Pero te ha invitado a tomar una copa, lo he oído.

—Estaba siendo amable. No exageres, por favor.

—¿Por qué no te quedas conmigo y con James? Tu madre tiene muchas cosas que hacer y no tienes por qué irte a su apartamento. En casa hay mucho sitio.

—No, Virginia, pero gracias.

—¿Por qué no?

—Porque me gusta vivir sola y, por favor, deja de presionarme.

—Vaya hombre, si ofrecerte mi casa es presionarte, no lo entiendo —suspiró Virginia, levantándose—. Bueno, me voy.

Amber lo lamentaba por su suegra, pero tenía que permanecer

firme o se dedicaría a organizarle la vida.

—Necesita hacer algo —murmuró para sí misma—.

¿Qué llenaría el vacío de su vida? —se preguntó, pensativa.

Algo que no fuera su nieto, claro.

Media hora después, Amber subía en el ascensor hasta la terraza. Pero no había nadie.

Suspirando, se dejó caer sobre una de las tumbonas. Echaría de menos aquello cuando se mudara a la casa de su madre. Allí no había terraza, ni un parque cerca...

Seguía haciendo calor, pero la brisa era fresca. Desde allí podía ver las brillantes aguas del Pacífico...

Pero el apartamento de su madre no estaba lejos del puerto y del muelle de Fort Masón, de modo que podría pasear por allí.

Aunque no volvería a ver a Adam Carruthers.

Entonces recordó el brillo de burla en sus ojos cuando pensó que la seguía... Era un chico guapo, sí. ¿Le costaría trabajo vestirse con una sola mano? No podía ser fácil hacer la comida con una escayola.

Quizá, como gesto de amabilidad, podría ofrecerse a hacerle la cena esa noche. Podría hacerla en su casa y subírsela. Eso no era nada malo, ¿no?

Al fin y al cabo, eran vecinos.

CAPÍTULO 3

EXACTAMENTE a las ocho en punto, Amber llamaba al timbre del apartamento de Adam Carruthers. El pastel de carne le había salido perfecto. Era un plato fácil de preparar y fácil de comer con una sola mano.

Adam abrió la puerta y puso cara de sorpresa.

—He pensado que te costaría trabajo cocinar, así que he hecho esto —sonrió Amber, mostrando la bandeja.

—Gracias, es muy amable por tu parte. Entra, por favor.

Amber miró alrededor. Era un apartamento muy masculino, con pocos muebles y algunas fotografías en las paredes, casi todas de montañas o riachuelos.

—Suelo comer ahí —dijo Adam, señalando una mesa al lado de la ventana—. ¿Está caliente o tengo que calentarlo?

—¿Tienes microondas?

—Sí.

—Podrías meterlo unos minutos.

—Muchas gracias —murmuró Adam—. Te invitaría a cenar conmigo, pero supongo que tu marido te estará esperando.

Amber negó con la cabeza.

—Mi marido murió hace varios meses. Estaba en el ejército.

—Ah, lo siento. No lo sabía. Por lo que ha dicho esa mujer... pensé que estaba en tu apartamento.

—No, no está. Espero que te guste el pastel —dijo ella, volviéndose hacia la puerta.

—Espera, no te vayas —la interrumpió Adam—. Si no tienes otros planes, podríamos cenar juntos. ¿Tu suegra sigue abajo?

—No, ya se ha ido.

Amber no había esperado una invitación, pero ¿por qué no? Al fin y al cabo estaba sola y él también. Cenar juntos sería un cambio. Llevaba tantos meses comiendo sola...

—Muy bien.

Adam se sentía como en una montaña rusa. Primero pensaba que era soltera, luego descubría que estaba casada y ahora que era viuda. Y no podía tener más de veinte años... Terrible quedarse viuda tan joven.

Lo lamentaba por el marido. Pero no lamentaba que ella estuviera libre. ¿Cuántos meses habrían pasado desde que murió? ¿Estaría saliendo con otros hombres? Él quería ser el primero de la lista, por si acaso.

Adam miró su escayola. ¿Quién habría pensado que estar de baja sería una forma de llamar su atención?

Pero debía ir despacio, se dijo. Ella no tenía ni idea de las fantasías que pasaban por su cabeza.

La cena fue deliciosa. Y se lo dijo.

—Me alegro de que te haya gustado —sonrió Amber—. ¿Tú sabes cocinar?

—No mucho, la verdad. Además, pensaba pedir comida por teléfono.

—Eso está bien, de vez en cuando.

—Pero no tan bien como una comida casera —asintió él—. ¿Qué estudias en la universidad?

—Magisterio. He terminado segundo, así que aún me queda mucho.

—Ah, quieres ser profesora. Pues yo creo que no se valora lo suficiente a los profesores.

Ella sonrió y Adam sintió un escalofrío. Debería sonreír más a menudo. Cuando lo hacía estaba preciosa.

—Yo pienso lo mismo. Son tan importantes para la educación de los niños... Yo quiero que a mis alumnos les guste aprender, que quieran llegar a ser algo en la vida.

Y todos sus alumnos lo intentarían si les sonreía de esa forma, estaba seguro.

—Eso es lo que quiero para mi hijo.

Adam se quedó mirándola, como si no hubiera oído bien.

—¿Tu hijo?

¿Estaba embarazada?

No parecía embarazada. Quizá un poco rellenita en la cintura, pero él estaba más interesado en los ojos azules y en la sonrisa.

—Sí, estoy casi de cinco meses. Y no creas que es fácil. Me gustaría que la situación fuera diferente, pero...

Adam la miró, con los ojos como platos.

Estaba embarazada.

Estar embarazada era peor que estar casada. Embarazada y

viuda...

De repente, empezó a especular... ¿Por qué le había subido la cena? ¿Por qué iba al parque? ¿Estaría buscando un padre para su hijo?

—Eso de los finales felices no es lo mío.

—¿Perdona?

—Yo no estoy buscando una relación —dijo Adam.

Lo mejor sería ser franco desde el principio.

—Yo tampoco —replicó Amber, levantándose—. ¿Qué pensabas, que estaba intentando cazarte? Sólo ha sido un gesto amable... porque tienes un brazo escayolado. No estoy buscando una relación. Perdí a mi marido hace pocos meses... ¿Qué clase de persona crees que soy? No estoy buscando un sustituto y aunque fuera así, la última persona que elegiría sería un hombre con un trabajo peligroso.

—Oye...

—¡Si vuelvo a casarme algún día, que lo dudo, será con alguien que trabaje como contable o como dependiente en una tienda, donde lo más peligroso que tenga que hacer sea ir en coche!

—Pero has dicho que te gustaría que la situación fuera diferente. ¿Qué querías que pensara?

—Que una vecina te ha hecho la cena porque tienes un brazo roto —contestó Amber—. No sabía que tuvieras un ego tan monumental, pero gracias de todas formas. No te preocupes, no volveré a molestarte.

—Espera...

Pero aquella vez, Amber Woodworth no esperó. Tomó la bandeja con su pastel de carne y salió de la casa como alma que lleva el diablo.

Adam dejó escapar un suspiro. Había metido la pata hasta el fondo. La pobre había sido tan amable haciéndole la cena... y él se portaba como si fuera una buscavidas. Era idiota, completamente idiota.

Pero él no quería saber nada de relaciones serias y entendía que Amber no quisiera saber nada de un hombre que hacía un trabajo peligroso. El sólo valía para pasar un buen rato. Y después de aquel fiasco, ni siquiera estaba seguro de valer para eso.

Pero le había sorprendido tanto saber que estaba embarazada...

Aunque eso no era excusa para su grosería. Ella no le había dado a entender que quisiera algo…

¿Sería su ego tan monumental como Amber había dicho?

Ahora tendría que disculparse… y eso era lo peor de todo.

Pero no podía dejarla ir sin darle una explicación.

Amber estaba tan furiosa que podría liarse a patadas. ¿Cómo se atrevía aquel idiota a pensar que estaba intentando cazarlo? ¿Cómo se atrevía a pensar que estaba mínimamente interesada en él?

Mientras tiraba el resto del pastel a la basura, pensó en una docena de improperios que podría haberle soltado…

Cuando oyó el timbre se detuvo, sorprendida. Si era Virginia otra vez no sabía si podría mostrarse amable. Estaba furiosa, absolutamente furiosa.

Y cuando abrió la puerta y vio a Adam intentó cerrar, pero él se lo impidió.

—Lo siento.

Esas dos palabras consiguieron disipar el enfado. Parecía contrito. Y con aquella cara de pena estaba guapísimo.

Pero pensar eso la puso furiosa de nuevo.

—Muy bien. Adiós.

—Deja que te explique… Sé que me he portado como un autentico imbécil.

—Pues sí, es verdad —replicó Amber, cruzándose de brazos.

¿Qué pensaba que iba a hacer, caer en sus brazos? De eso nada.

Pero esa idea la puso aún más furiosa, si era

—Mi madre lo hizo posible. ¿Quería caer en sus brazos?, se preguntó.

—¿Tu madre hizo qué?

—Buscar marido. Mi padre la abandonó y ella intentó encontrar un marido a toda costa. Es difícil criar sola a un niño.

—Hay muchas madres solteras… y padres solteros. Así es la vida.

—Lo sé, pero es mejor criar a un niño en pareja.

Por eso, mi inmediata reacción al saber que estabas embarazada ha sido pensar que andabas buscando marido.

—Ya he tenido un marido. Murió. No necesito otro.

—Amber, eres muy joven… Cambiarás de opinión.

Ella se encogió de hombros.

—Muy bien, lamentas haber sacado conclusiones precipitadas

sobre mis intenciones. Estupendo. Acepto la disculpa. Y ahora, adiós. Cierra la puerta cuando te vayas.

Amber volvió a la cocina, pensativa. Qué curioso que a Adam le hubiera pasado lo mismo que a ella: su padre lo abandonó y fue criado por su madre. Pero la suya no había buscado marido. Sara tenía una educación, trabajaba y pudo darle una infancia estupenda. Quizá no tenían muchas cosas materiales, pero tenían lo más importante: amor.

—Entonces, ¿firmamos una tregua?

—¿No te has ido?

—Has dicho que cerrase la puerta, pero no has dicho de qué lado debía quedarme —contestó Adam, mirando alrededor—. Ah, ahora entiendo que quieras mudarte, este sitio es muy pequeño para criar un niño. Lo asombroso es que puedas cocinar en una cocina tan diminuta. No volveré a quejarme de mi piso...

—¿Por que sigues aquí? Ya te has disculpado y ya te he dicho que acepto la disculpa. Fin de la discusión.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿no es verdad que las mujeres le dan miles de vueltas a las cosas? —¿Otra vez estás hablando de tu madre? —No, de mis novias.

—Yo no soy tu novia, ni pienso serlo —replicó Amber.

No quería saber nada más de Adam Carruthers. ¿Cómo se atrevía a pensar que estaba buscando marido sólo porque le había hecho un pastel de carne? Menuda cara.

—Genial. Porque yo no pienso casarme. —Pues qué bien. Ahora ya puedes irte. —Gracias otra vez por la cena. A lo mejor nos encontramos en la terraza algún día.

Por su tono, parecía querer decir que si se encontraban la tiraría de un empujón. —A lo mejor.

—Por cierto, ¿cuándo piensas irte? A lo mejor puedo ayudarte con la mudanza. —No, gracias.

—Sólo estoy intentando ser un buen vecino. —¿Ah, sí? Más bien, intentando librarte de mí lo antes posible. Pues lo siento, pero no pienso irme hasta dentro de dos o tres semanas —replicó Amber, levantando la barbilla.

Con esa actitud, era lógico que no estuviera casado. ¿Quién iba a aguantarlo?

—Gracias por la cena —repitió Adam—, He disfrutado...

mientras ha sido posible.

—Culpa tuya —dijo ella, señalándole con el dedo—. Si no te hubieras portado como un idiota, habrías podido acabarte el pastel. Recuérdalo para la próxima vez.

—Serás una maestra estupenda; señalar con el dedo se te da de maravilla.

Amber se quedó en la cocina, atónita. Se le había pasado el enfado y el último comentario casi la había hecho reír.

Qué hombre tan insufrible. Cuando terminó de limpiar la cocina, llamó a su madre por teléfono.

—¿Qué tal? —preguntó Sara. —Bien, bien. Oye, si no te importa, me gustaría ir a ver el apartamento. Tiraste casi todos los muebles, ¿verdad? ¿Qué tengo que llevarme?

—Podemos quedar allí mañana y ver lo que necesitas, ¿te parece? Ah, por cierto, ha llamado Virginia.

Amber se dejó caer en el sofá. —¿Y te ha dicho que quiere que viva con ellos? —Dice que sería lo mejor. —Pero es que yo no quiero irme a vivir con ellos. Había pensado pedirle que cuidase del niño alguna vez, cuando vuelva a la facultad, pero no sé si debo hacerlo.

—Es su abuela, hija.

—Virginia quiere criar al niño, como si yo no quisiera saber nada de él. Y no pienso abandonar a mi hijo, no voy a dejar que lo cuiden sus abuelos.

—Ya lo sé, cariño. Dale un poco de tiempo. —Pero si se pasa el día aquí... Cuando me vaya al otro apartamento sólo estaré a dos manzanas de su casa. Quizá debería decirle que estoy saliendo con alguien —murmuró Amber.

—¿Qué?

—Me ha visto con un vecino y, por supuesto, ha pensado lo que no era. Si hubiese hablado con él habría descubierto lo equivocada que está.

—¿De qué estás hablando, cariño?

—Adam cree que el mundo gira a su alrededor y que todas las mujeres intentan cazarlo. Será idiota.

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

—¿Mamá?

—¿Quién es Adam?

—Mi vecino. Nos hemos conocido en el parque.

—¿Es joven y soltero?

—Sí, claro. Y, por lo visto, piensa seguir siendo soltero de por vida. Se me ha ocurrido hacerle un pastel de carne porque tiene un brazo roto y el idiota ha pensado que quería cazarlo. Sobre todo, cuando se ha enterado de que estoy embarazada.

Sara insistió en conocer toda la historia y Amber se la contó… soslayando lo de que iba al parque a verlo correr todos los días. Eso sonaría demasiado patético.

—¿Crees que debería quedarme en casa? No sé, a lo mejor debería estar de luto por Jimmy y…

—Cada persona vive el luto a su manera, cariño. No sé el tiempo que tarda cada uno en superar el dolor.

—¿Cuando mi padre se fue tú estuviste mucho tiempo sola? —preguntó Amber.

—Bueno, yo estaba tan enfadada con tu padre y tenía tanto miedo que el luto era más bien por la vida que pensé que iba a tener.

—Eso es lo que me pasa a mí. Jimmy y yo empezamos a salir en el instituto, pero luego él se fue al ejército y ya no hacíamos nada juntos. Además, había cambiado mucho.

—La gente cambia, sí. Quizá él fue por un lado y tú por otro.

—Pero tú dijiste que deberíamos haber esperado para casarnos.

—Quizá sí, quizá no. ¿Quién sabe? Nadie esperaba que muriese tan joven… Yo creo que deberías decidir qué quieres hacer en el futuro y dejar de lamentarte por lo que has perdido, hija, Y eso incluye salir con algún hombre y pensar en la posibilidad de rehacer tu vida.

—Pero si lo hago algún día, que no lo creo, ese hombre tendrá un trabajo en el que no haya el menor peligro —suspiró Amber—. No quiero pasar por lo mismo otra vez.

—Me parece muy bien. ¿A qué se dedica tu vecino?

—Es bombero.

—Ah, ya veo. Así que no está en la lista, ¿no?

—Mamá, no estoy buscando a nadie por el momento. Tengo suficiente con el niño y la facultad y todo lo demás.

—Bueno, nos vemos mañana a las cuatro en el apartamento para decidir lo que tienes que llevarte. ¿Quieres que vayamos a comprar

ropita para el niño la semana que viene?
—Sí, pero no se lo digas a Virginia. Ella quiere comprarlo todo. Sé que es su abuela, pero no nos llevamos bien y...
—Ten paciencia, cariño. Tú eres su último lazo con Jimmy hasta que llegue el niño.
—Sí, ya. ¿Qué vais a hacer esta noche?
—Vamos a cenar y después, no sé, ya encontraremos algo con qué entretenernos —rió Sara.
Amber rió también.
—Por favor, no me lo cuentes. Sigo siendo una niña.
—Cariño, has crecido muy rápido.
Amber colgó unos minutos después. Y nada más hacerlo de nuevo se vio envuelta por una ola de tristeza y soledad. Para ella no había nadie especial.
Tenía amigas, claro, pero no era lo mismo. Kathy estaba embarazada, pero ella tenía a su marido. Bets era estupenda, pero no tenía problemas de soledad porque no le faltaban novios.
¿Era ella la única persona que estaba sola en la ciudad?
No, al menos había otro que estaba solo... el insufrible vecino del quinto que no quería casarse.
Animada por ese pensamiento, entró en el cuarto de baño. Un buen baño caliente sería la mejor forma de relajarse.
El domingo, Amber y su madre pasaron la mitad del día en el apartamento, haciendo una lista de los muebles que necesitaba para el niño y un par de cosas más.
—¿Has pensando en algún nombre? —le preguntó Sara, mientras medían unas ventanas.
—No, he pensado que debería hablar con Virginia para eso. Si es un niño, seguramente querrá que se llame James.
—¿Has decidido si quieres saber el sexo del nene antes del parto?
—¿Y tú?
Su madre asintió con la cabeza.
—Lo hemos hablado mucho. Matt quiere saberlo porque le hace ilusión. Supongo que será divertido hacer planes sabiendo ya lo que va a ser. Además, así podemos decorar la habitación de un color o de otro. Contigo no lo supe, fuiste una sorpresa.
—Yo espero que sea una niña —dijo Amber—. Sería más fácil

para una niña crecer sin un padre, ¿no crees?

—No lo sé, pero sí sé que tú serás una madre estupenda. Niño o niña, no le faltará nada.

—Ya, pero... sería estupendo que mi niño tuviera un padre —suspiró Amber.

Por un momento, el rostro de Adam pasó por su mente, pero sacudió la cabeza para sacarlo de allí. Adam Carruthers había dejado perfectamente claro que no quería saber nada del matrimonio. Seguramente odiaría a los niños. Y ella no estaba interesada en ningún hombre. Tenía muchas cosas que hacer antes de arriesgar su corazón de nuevo.

—Matt está deseando ser padre y abuelo a la vez. Está entusiasmado.

—Cómo han cambiado las cosas —sonrió Amber—. Hace unos meses temías que él te dejara al saber que estabas embarazada y ahora sabe más de recién nacidos que tú y yo juntas.

—Y no sabes cuánto me alegro —rió Sara—. ¿Quieres que vayamos a comer algo? Me apetece un helado.

—Bueno, como quieras.

—¿No tienes antojos?

No, sólo ver a Adam correr por el parque, pensó Amber, con el ceño arrugado. Pero ese antojo se le había pasado después de conocerlo personalmente.

Al menos, esperaba que fuera así.

Cuando volvió a su apartamento una hora después, vio el coche de Virginia aparcado frente al portal. Suspirando, Amber entró en el edificio. ¿Qué tenía que hacer para librarse de su suegra?, se preguntó.

Llevaba cinco días seguidos apareciendo por allí sin avisar. Ya no se contentaba con llamar por teléfono.

Amber vaciló un momento mientras entraba en el ascensor y luego, en un gesto de rebelión, pulsó el botón de la terraza. Se sentaría allí un rato hasta que Virginia se cansara de esperar en el descansillo.

En la terraza había una pareja del segundo piso, un estudiante medio dormido que reconoció del campus y... Adam Carruthers, mirando el mar.

—¿Cómo estás? —preguntó, sentándose a su lado.

—Hambriento —contestó él.

Amber sonrió. Quizá la próxima vez aprendería a no morder la mano que le daba de comer. Aunque había tenido tiempo más que suficiente desde el día anterior.

—Pues pide algo por teléfono —sugirió ella.

—Las madres deberían ser más compasivas —murmuró Adam.

—Lo seré con mi hijo. Pero también le enseñaré a ser amable con los demás. Así, cuando alguien le invite a cenar, podrá terminarse todo el plato.

—¿Cómo iba a saber yo que eras tan quisquillosa?

—¿Y cómo iba a saber yo que tú llegarías a conclusiones tan absurdas?

—¿Siempre subes a la terraza con el bolso? —preguntó él entonces.

—Es que vengo de la calle. Mi suegra está esperándome en el descansillo, así que he decidido subir aquí para despistarla. Es una buena mujer, pero me vuelve loca. Primero por lo de Jimmy, ahora por lo del niño...

—¿Jimmy?

—Mi marido.

Amber sentía que Jimmy se alejaba cada día más de su vida, de sus recuerdos. Tenía fotografías suyas en el apartamento, pero cuando cerraba los ojos le costaba ver su cara. Podía recordarlo en el instituto, podía recordar todos los planes que habían hecho entonces...

Pero le costaba trabajo recordarlo después de eso. Recordar su pelo, su sonrisa, sus ojos...

—Supongo que lo echas de menos.

—La verdad es que no —contestó Amber, sin pensar.

—¿Cómo?

—Quiero decir, sí, lo echo de menos, y no puedo creer que no vaya a volver a verlo. Pero durante los dos últimos años estuvo destinado fuera del país, así que sólo nos relacionábamos por correo electrónico. Luego volvió a casa durante un par de semanas... y ahora se ha ido para siempre. Es todo tan raro.

—¿Quieres contármelo?

—¿Por qué quieres saberlo?

Adam se encogió de hombros.

—Así tú podrás desahogarte y yo tendré algo que hacer. He ido al cuartel de bomberos esta mañana, pero el capitán me ha dicho que no vuelva por allí hasta que esté curado del todo. Y me aburro.

—Y conocer la historia de un extraño al que no has visto en tu vida es mejor que nada, ¿no?

—Lo que me gusta es oír tu voz —contestó él.

—Te leeré un libro —dijo Amber, intentando no sentirse halagada.

—Háblame de Jimmy, venga.

Y ella lo hizo, empezando por el instituto, lo bien que lo pasaban juntos, cómo cambió todo cuando se alistó en el ejército…

—A mí me parece que era un crío.

—No era un crío, tenía veintiún años.

—Ah, bueno, qué mayor.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Veintisiete.

—Yo tengo veinte.

—Una niña.

—No soy una niña. Además, pronto seré madre.

—Hazle un favor a tu hijo. Dalo en adopción.

Amber estaba segura de haber oído mal.

—¿Qué? ¿Dar en adopción a mi hijo? ¿Tú estás loco o qué?

—Es muy difícil ser madre soltera, lo sé por experiencia… por la experiencia de mi madre, claro. Será mucho mejor para los dos.

—Que tu infancia fuera horrible no significa que la de mi hijo vaya a serlo. Mi madre me crió sola también y tuve una infancia maravillosa —replicó Amber, indignada.

—¿Dónde está tu madre ahora?

—Aquí. Ha vuelto a casarse —contestó ella, a punto de darle con el bolso en la cabeza—. Y no se dedicó a buscar marido. Lo conoció hace muy poco.

—Mi madre era la mujer más triste del mundo —suspiró Adam —. No sabía hacer nada sola… o no creía poder hacerlo. Pasé toda mi infancia oyéndola quejarse porque su marido la había abandonado y viendo cómo intentaba buscar otro. Le daba miedo estar sola.

—Es una pena. Pero seguro que te crió lo mejor que pudo.

—Sí, teníamos una casa limpia, nunca pasamos hambre… Pero

no era la vida que mi madre había esperado y nunca la aceptó. Siempre estaba buscando un nombre…

—¿Y dónde está ahora?

—Murió hace un par de años.

—Ah, lo siento.

—Yo también.

—¿No tienes hermanos?

—No. ¿Y tú?

—Voy a tener un hermanito o una hermanita en noviembre.

—¿Qué?

—Mi madre también está embarazada —sonrió Amber—. Y vamos a tener a nuestros niños casi al mismo tiempo.

—¿Tu madre y tú estáis embarazadas a la vez? ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y ocho. Matt es un poco más joven que ella. Y está emocionado.

—¿Qué pasó con tu padre?

—Se marchó cuando yo era un bebé. ¿Y el tuyo?

—Igual. No se llamaría Carruthers, ¿verdad?

—No, Simpson.

Adam se quedó en silencio un momento y Amber apoyó la cabeza en el respaldo de la tumbona para disfrutar del sol. Podría quedarse allí toda la tarde. Y lo haría, si Virginia seguía por allí.

Cuando pudiera reunir un poco de energía, se levantaría para ver si el coche seguía en la puerta. Tarde o temprano tendría que cansarse de esperar. ..

—¿Quieres tomar una pizza más tarde? —preguntó Adam.

Amber estaba medio dormida y tuvo que hacer un esfuerzo para abrir los ojos.

—Bueno.

—Te invito. Cenaremos en mi casa. Pero luego, si te enfadas, puedes llevarte tu trozo. Yo soy así de generoso.

Amber soltó una risita.

—Me parece muy bien.

CAPÍTULO 4

ADAM la miró. Estaba dormida, pero no debía quedarse al sol mucho tiempo o acabaría quemándose.

Apoyándose en el respaldo de la tumbona, intentó librarse de la sensación de que acababa de hacer una estupidez. ¿Cómo podía apartarla con una mano e invitarla a cenar con la otra?

Pero sabía la respuesta a esa pregunta: Amber era mejor compañía que la televisión.

Además, le resultaba divertido estar con ella. Un poco irritante, sí, pero tampoco él se había portado como era debido acusándola de intentar atraparlo.

Al menos, habían aclarado eso. Amber no estaba buscando un marido y él no tenía intención de casarse.

No le gustaba pensarlo, pero la verdad era que lo más importante de su vida era el trabajo. Y que no le dejaran ir al cuartel hasta que le hubieran dado el alta era deprimente. Llamaría a algunos de los chicos al día siguiente para ver si les apetecía salir a tomar una copa, decidió.

Tres de sus compañeros eran solteros, aunque Bart salía con una chica. Los otros, compañeros y compañeras, estaban casados y siempre hablaban de sus hijos y sus obligaciones familiares.

A él le gustaba ser soltero. Ser responsable por la felicidad de otra persona era una carga insoportable. Era lógico que su padre se hubiera marchado. ¿No le había pasado lo mismo al padre de Amber? Pero él tenía más integridad y no podría abandonar a una familia. Por eso, mejor no enredarse con nadie.

Poco después, le dio un empujoncito en el hombro.

—Me voy a casa. Y tú deberías hacer lo mismo. Te vas a quemar.

—Si Virginia sigue por ahí, me niego.

—Lo comprobaré.

Bajaría para comprobar si la suegra seguía allí y, si no estaba, subiría a avisarla antes de pedir la pizza.

Afortunadamente, en el descansillo no había nadie. Qué mujer tan pesada, pensó. En su opinión, Amber debería decirle que la dejara en paz.

—No hay moros en la costa —anunció poco después, de nuevo

en la terraza.

Ella hizo un gesto con la mano, pero no se movió.

—Tienes que apartarte del sol —insistió Adam.

—Necesito una siesta.

—Pues duerme en tu casa —replicó él, tirando de su brazo.

—¿Y si Virginia llama para ver si estoy?

—Duerme en mi casa entonces. A mi casa no puede llamar.

—Ya.

Amber intentó levantarse, pero como estaba medio dormida, estuvo a punto de tropezar. Adam la sujetó por la cintura.

—Cuidado.

Cinco minutos después estaba en su apartamento, con una bonita rubia durmiendo en su cama. Adam se sentó en el salón, preguntándose qué lo había poseído para hacer esa invitación. Ahora le costaría trabajo no imaginarla allí cuando se acostara...

Puso la televisión y, después de cambiar de canal varias veces, encontró una vieja película de guerra. No era de sus favoritas, pero tendría que valer para pasar el tiempo hasta que su invitada despertase.

Amber despertó desorientada. La cama era enorme, mucho más grande que la suya. La habitación estaba a oscuras, con las persianas echadas. El edredón sobre el que estaba tumbada era suave como una nube...

Ah, estaba en casa de Adam Carruthers. La había invitado a dormir allí para que Virginia no pudiera molestarla, recordó entonces.

¿Qué hora sería?

Se sentía un poco mejor después de aquella siestecita y cuando entró en el salón, encontró a Adam tirado en el sofá viendo una película de guerra.

—Siento haber dormido tanto.

—Evidentemente, estabas cansada.

—Últimamente, no duermo bien por la noche. ¿Qué estás viendo?

—Ya casi ha terminado. Una película de la II Guerra Mundial, pero sé cómo termina.

Amber soltó una risita.

—Qué listo.

—¿Quieres una pizza?

—Sí, gracias.

Cuando lograron ponerse de acuerdo sobre los ingredientes, Adam llamó por teléfono. Mientras esperaban, sirvió dos refrescos.

Amber se sentía incómoda. ¿De qué podían hablar? Quizá lo de cenar juntos no había sido tan buena idea. Pero no quería volver a su apartamento. Ya había quitado los cuadros de las paredes y estaba lleno de cajas...

Quizá debería empezar a llevar todas sus cosas a su nuevo apartamento. No había razón para permanecer allí, podía irse cuando quisiera.

Mirando a Adam, sin embargo, decidió que no tenía prisa.

—Si tu suegra te incordia, deberías hacer algo.

—En realidad, no me incordia —suspiró Amber, aunque no era cierto del todo—. Es que está tan emocionada con lo del niño... Jimmy era su único hijo y desde que supo que iba a ser abuela está como loca. La pobre lo ha pasado muy mal.

Ojalá ella lo hubiera pasado peor. Pero no podía contarle eso a nadie. Su madre y Virginia pensarían que estaba loca, pero la verdad era que apenas había visto a Jimmy desde que terminaron el bachiller y resultaba difícil echar de menos a alguien a quien apenas había visto en dos años. Casi podía imaginar que su marido seguía destinado fuera del país...

—Necesita hacer algo para olvidase de Jimmy y del niño. Si la dejo, me organizará la vida de arriba abajo.

—Pues dile que te deje en paz. —No puedo hacer eso —replicó Amber, horrorizada—. Es mi suegra.

—Pues yo creo que, tras la muerte de tu marido, la relación tendría que ser diferente.

—Pero es la abuela de mi hijo y eso no va a cambiar. Tengo que mantener una buena relación con ella.

—No estoy diciendo que cortes la relación, pero sí que pongas ciertas barreras. Si no lo haces, tendrás que soportar esto para siempre.

Amber estaba segura de que Virginia saltaría cualquier barrera. Para ella, Amber seguía siendo la cría del instituto que salía con su hijo. —¿Y qué sugieres?

—Dile que no te llame tan a menudo, que no aparezca en tu casa

sin avisar. Eso no es pedir demasiado —sugirió Adam.

—Se lo diré, pero no creo que me haga caso. —Pues entonces es que no lo estás haciendo bien. Díselo convencida, como si esperases que te hiciera caso. Para que no te tome por tonta.

—¿Crees que soy tonta? —replicó ella, enfadada. —No, creo que eres demasiado buena. ¿Por qué lo de ser «demasiado buena» sonaba casi como un insulto en labios de Adam?

—No soy demasiado buena. No hay nada malo en ser amable con la gente, sobre todo cuando esa gente lo está pasando mal.

—Pero no está bien que tú te sacrifiques por otra persona. Si no quieres que te moleste, díselo de una vez.

—Ah, qué buena idea —dijo Amber, levantándose.

—¿Dónde vas?

—A mi casa, a llamar a Virginia para decirle que no vuelva por aquí. Y, para practicar, deja que te diga una cosa: «no vuelvas a molestarme más».

Adam la tomó del brazo.

—Espera un momento...

—¡No me toques!

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada.

—¿Te vas ahora? Acabo de pedir una pizza...

—Cómetela tú. Yo no tengo hambre.

—Mentirosa.

—No me conoces de nada. Déjame en paz.

Adam apretó su mano.

—Sólo era un consejo, mujer. No te enfades.

La siguió hasta la puerta, pero cuando Amber puso la mano en el picaporte, él la cubrió con la suya.

—Déjame salir.

—No te vayas.

Amber levantó la mirada. Adam estaba mirándola a los ojos y entonces... entonces se inclinó y la besó en los labios.

Se quedó helada. Sin embargo, sus labios eran calientes, invitadores. No la tocaba, pero ella sentía como si le diera vueltas la cabeza.

Su corazón latía como un tambor cuando Adam se apartó. Pero se quedó tan cerca que podía oírlo respirar. Lentamente, Amber

abrió los ojos.

—No puedes besarme. Soy viuda.

—Y eso significa que eres libre.

—No, de eso nada. Sigo de luto por Jimmy.

—Da igual. Eres libre.

Amber dio un paso atrás. Tenía que controlar sus pensamientos y dejar de fantasear...

—No soy libre y aunque lo fuera, tú eres el último hombre con el que querría tener una relación.

—¿Por qué? —preguntó Adam.

—Para empezar, porque tienes un trabajo muy peligroso. Si alguna vez se me ocurriera volver a casarme, no sería con un hombre que arriesga su vida todos los días.

—Todos los días no, un día si y otro no —sonrió Adam.

—Y no me gustan los hombres arrogantes.

Él levantó una ceja.

—Y tampoco estoy interesada en un hombre que no quiere saber nada de compromisos.

El brillo burlón de sus ojos desapareció.

—Pues vete —dijo, apartándose.

Amber observó cómo se cerraba. Era como si se hubiera puesto una capa o algo así. Un segundo antes era encantador y ahora, remoto y frío, parecía un hombre completamente diferente.

Salió del apartamento y volvió a su casa con la sensación de estar escapando de algo.

Pero cuando iba a abrir la puerta... ¡se había dejado el bolso en casa de Adam! Y no pensaba volver por allí.

Pero, ¿cómo iba a entrar en su casa? Le había dado su llave a uno de los vecinos, recordó entonces, por si acaso ocurría algo... Amber llamó a la puerta, rezando para que estuvieran en casa... y así fue. Unos minutos después, estaba en su estudio.

El contestador parpadeaba furiosamente y, como esperaba, los dos primeros mensajes eran de Virginia. Bets también había llamado. Y luego Virginia otra vez, más exigente en cada mensaje. Luego, su madre.

—¿Amber? Virginia lleva llamando toda la tarde. Cuando llegues a casa llámala, por favor. Me está volviendo loca.

—Pues no sabes cómo estoy yo —murmuró Amber, buscando el

siguiente mensaje. Era Bets de nuevo y luego Virginia otra vez, histérica.

Suspirando, marcó su número. Quizá era demasiado buena y estaba dejando que Virginia se aprovechara, pero podía entender su dolor. Y no podía mandarla a paseo.

Quizá porque se sentía culpable. Se sentía más culpable que dolida por la muerte de Jimmy. Absurdo, pero así era.

—¿Dónde estabas? —le espetó su suegra en cuanto reconoció su voz—. Estaba preocupadísima. Te he llamado por teléfono, he pasado por tu casa. Amber, por favor, estaba frenética. Tu madre me dijo que habías estado con ella, pero que no sabía dónde te habías metido...

—Virginia, soy una mujer adulta, no tengo que darle explicaciones a nadie. Lo que haga o deje de hacer es cosa mía. No tuya o de mi madre —replicó Amber, enfadada.

—Pero yo estaba preocupada...

—Te lo agradezco, pero estoy bien. Si me ocurriera algo, llamarían a mi madre enseguida, no te preocupes. Por favor, necesito que me dejéis respirar, no soy una niña pequeña. Si quieres que nos veamos de vez en cuando, dímelo, pero por favor, no vengas por aquí sin avisar y no me llames siete veces al día.

La propia Amber se quedó helada al oírse a sí misma.

—Es ese hombre, ¿verdad? Estás saliendo con él.

—¿Qué hombre?

Pero sabía muy bien a quién se refería. Y a Virginia no le haría ninguna gracia saber el papel que había hecho Adam Carruthers en aquel acto de rebelión. Ella misma estaba sorprendida. ¿Todo eso como reacción a lo de que era «demasiado buena»?

—El que dices que es tu vecino.

—¿Adam? No estoy saliendo ni con él ni con ningún otro.

—Entonces, no veo el problema.

—Ni yo tampoco, mientras sigamos respetando nuestra privacidad. Yo no voy a tu casa sin que me invites, Virginia, y te agradecería que tú hicieras lo mismo.

—Pero tú siempre eres bienvenida en esta casa.

—Gracias. Cuando esté instalada en mi nuevo apartamento, os invitaré a cenar a James y a ti.

—¿Cuándo te mudas? Pensé que lo harías a final de mes.

—Así es.

—¿No quieres volver a verme hasta entonces? —preguntó Virginia, horrorizada.

—¿Qué tal si hablamos por teléfono un par de veces por semana? Eso no estaría mal, ¿no?

—Jimmy se llevaría un disgusto si viera que me tratas así.

Amber se preguntó qué habría pensado Jimmy. La última vez que estuvo en San Francisco había evitado a su madre todo lo que pudo.

—Quizá sí y quizá no. Pero así son las cosas, Virginia.

—Las hormonas —dijo su suegra. —¿Qué?

—Los cambios hormonales afectan a las mujeres embarazadas. Ahora mismo estás pasando por un mal momento. Lo entiendo. Puedo esperar. Llámame mañana.

Y colgó antes de que Amber pudiera replicar. ¿Hormonas? ¿Sus acciones, sus pensamientos, estarían dominados por las hormonas?

En ese momento llamaron al timbre.

No podía ser Virginia porque acababa de hablar con ella por teléfono, de modo que se levantó a abrir. Era Adam, con su bolso en la mano y la pizza en la otra.

—La cena —dijo, entrando sin esperar invitación. Amber sintió que, de inmediato, su estudio parecía más pequeño. —No tengo hambre.

—Pues lo siento, pero he pedido una pizza para dos. Tendrás que ayudarme —replicó él, dejando la caja sobre la mesa—. Por cierto, te has dejado el bolso.

Amber tomó el bolso. Cuanto antes comieran, antes se iría, pensó. Además, al ver la pizza se le hacía la boca agua.

Después de poner la mesa, Adam le apartó la silla. Ah, buenas maneras. A su madre le encantaría.

—¿Quieres que tome el trozo que me corresponde y me vaya a casa? —preguntó Adam.

—No, quédate. Ya que estás aquí…

—Qué invitación tan cariñosa. ¿Por qué no me tratas como a tu suegra?

—Acabo de hablar con ella por teléfono.

—¿Te ha dejado un millón de mensajes en el contestador?

—Sí. Pero le he dicho que no quiero que pase por aquí sin

avisar.

Adam miró alrededor.

—Pues por ahora, funciona.

—Por ahora —sonrió Amber.

El comentario rompió la tensión y empezaron a relajarse.

—Ya veo que tienes casi todo guardado en cajas. —Aún tengo que guardar las cosas de la cocina. —¿Te vas a final de mes? —Quizá antes si me ayudan los compañeros de mi padrastro.

—Si no, puedo pedirle a los míos que echen una mano. Podemos nacerlo un día de diario, cuando hay menos tráfico.

—Estás deseando librarte de mí, ¿eh?

—No es eso. Es que quiero saber tu dirección.

—Puedo dártela.

Adam asintió.

Después de tomar la pizza, se quedaron bebiendo un refresco y charlando sobre cosas sin importancia.

Cuando sonó el timbre. Amber levantó la mirada, sorprendida.

—Virginia —dijo Adam.

—Le dije que no viniera sin avisar… —murmuró Amber, levantándose como una furia.

Pero no era Virginia.

—Mamá, Matt… ¿qué hacéis aquí?

—Hola, cariño. Virginia está histérica por lo que le has dicho y como habíamos salido a tomar un helado… —Sara no terminó la frase al ver a Adam, que se había levantado—. ¿Interrumpimos?

—No, no. Mamá, Matt, os presento a Adam Carruthers, mi vecino de arriba.

—Encantado —dijo él.

—Lo mismo digo —sonrió su madre—. Bueno, no vamos a quedarnos. Sólo queríamos saber si estabas bien.

—Pues claro que estoy bien. Pero sentaos un rato. ¿Habéis tomado el helado?

—Tu madre se ha tomado uno doble de chocolate —contestó Matt—. Los come tres veces al día.

—O más. Qué suerte no tener antojos, hija.

—Bueno, yo me voy… —empezó a decir Adam.

—No, de eso nada. Puedes quedarte.

—Si estamos molestando, nos vamos —dijo Matt.

—No —contestaron Amber y Adam a la vez.

—¿Cómo te has roto el brazo? —preguntó Sara.

Si el estudio le había parecido pequeño cuando entró Adam, ahora parecía una ratonera. Al menos, cuando se mudara al antiguo piso de su madre podría invitar a sus amigos sin que le faltara el aire.

Esperaba que Matt y su madre no se quedaran mucho tiempo, pero sería mucho esperar que no la interrogase después, por teléfono. —Trabajando. Soy bombero... —Ah, bombero.

—Estábamos intentando apagar un incendio y el suelo se venció por el calor.

—Es un trabajo muy peligroso el tuyo. —Si uno está entrenado, no suele serlo. Pero siempre puede haber algún accidente, claro. —Es un trabajo peligrosísimo —dijo Amber. Acababa de conocer a Adam y no sabía bien si le gustaba o no, pero la idea de que el pobre cayera desde un piso en llamas le ponía la piel de gallina. —De vez en cuando, pero no ocurre a menudo. Llevo siete años haciendo esto y es la primera vez que me rompo un hueso. —Podrías haberte matado. —Pero no ha sido así —sonrió Adam. Amber apartó la mirada.

—Tengo una noticia que darte —dijo Sara entonces. —¿Qué? —¡Matt y yo nos vamos a Atenas la semana que viene!

—¡Atenas! Qué envidia, mamá. ¿Cuánto tiempo vais a estar allí?

—Una semana —contestó Matt—, Tenemos un problema con un cliente de Atenas y tengo que solucionarlo. He recortado mucho mis viajes por lo del niño, pero esto no puede esperar. Y tu madre ha decidido venir conmigo.

—Me alegro muchísimo.

—¿Viajas mucho? —preguntó Adam.

—Antes sí, ahora casi siempre estoy en casa.

—Sólo hasta que el niño sea mayor —dijo Sara, apretando la mano de su marido—. Mientras tanto, queremos hacer algunos viajecitos los dos solos.

—Y ahora que por fin has dejado de trabajar, podemos hacerlo.

Amber sintió una punzada de celos. Su madre y Matt se complementaban de maravilla. Se alegraba infinitamente de que hubiera encontrado un hombre tan bueno, pero no podía evitar sentir cierta envidia.

—Yo estaba pensando hacer la mudanza dentro de unos días. Así que vais a tener suerte.

—Déjalo hasta que volvamos —sugirió su madre.

—No hace falta... Adam se ha ofrecido a echarme una mano. Creo que quiere librarse de mí lo antes posible.

CAPÍTULO 5

ADAM debería haberlo negado, pero no quería echar más leña al fuego. —Bueno, me voy. Dime cuándo tengo que librarme de ti.

Amber lo siguió hasta el descansillo, dejando la puerta entreabierta. —Gracias por la cena.

—Gracias por dejarme entrar —contestó él, inclinándose para hacer lo que llevaba tres horas queriendo hacer, besarla.

Aquel beso no fue tan satisfactorio. Demasiado breve. Pero sus padres estaban al otro lado de la puerta y no quería que siguieran especulando.

—Lo sé... «No hagas eso, soy viuda». ¿No has oído hablar de la viuda alegre, cariño? —¿Podrías dejar de hacerte el listo? Riendo, Adam se despidió y subió a su apartamento por la escalera. Y cuando entró en casa iba pensando en Amber. Se sentía orgulloso de ella por haberse enfrentado con su suegra. ¿Sería capaz de mantener el edicto?

Aunque a él le daba igual, claro. Él sólo era un vecino. Habían compartido una pizza y medio pastel de carne, nada más.

Aunque los besos... los besos eran otra cosa, pensó, dejándose caer sobre el sofá para encender la televisión. Pero le daba igual lo que pusieran. Su mente estaba a miles de kilómetros de distancia... en el piso de abajo.

¿Sería su madre tan mandona como la suegra? ¿Estaría interrogándola en aquel momento? Quizá debería haberse quedado hasta que se fueran.

No, mejor no. Habían comido juntos dos veces... una vez y media en realidad y ella se marcharía pronto. Fin de la historia.

Además, no había ningún peligro. Él no iba a enamorarse de una vecina viuda y embarazada con una suegra insoportable. Si no se espabilaba, Amber nunca encontraría un hombre que quisiera compartir su vida con ella y con el niño Como su madre.

Pero pensar en su madre siempre hacía que se sintiera incómodo.

Para pensar en otra cosa, empezó a cambiar de canal. Tenía que encontrar algo que lo hiciera olvidar a la vecinita de los labios dulces.

—Bueno, no ha ido mal del todo —suspiró Amber cuando por fin se quedó sola.

Sara no había hecho preguntas sobre la presencia de Adam y Matt sólo tenía ojos para su mujer.

Desgraciadamente, media hora después sonó el teléfono.

—Hola, chica, ¿cómo estás? —era Bets.

—Ah, menos mal que eres tú.

—¿Por? ¿Quién iba a llamarte a estas horas?

—Virginia, mi madre, quién sabe. Pero si podemos hablar hasta las doce, seguro que para entonces ya estarán todos en la cama y me libraré del tercer grado.

—¿Qué tiene a la antigua generación tan alterada?

—Adam.

—¿Quién es Adam? Ah, espera, Adam es el que corre en pantalones cortos por el parque.

—Es mi vecino.

—¿En?

Amber le explicó sucintamente lo que había pasado en los últimos dos días. Dos días.

Sólo habían pasado dos días y ya habían compartido dos cenas... y dos besos.

Cuando, como quien no quiere la cosa, mencionó el asunto de los besos, Bets lanzó un alarido.

—¿Qué? ¡No puedo creer que hayas besado a un hombre! ¡Pensé que serías una monja durante el resto de tu vida!

—Por favor... Jimmy murió hace unos meses. Estoy horrorizada.

—Hija, que sólo han sido un par de besos. No es un crimen.

Amber no quería seguir hablando del asunto, ni siquiera quería pensar en ello. Que hubiera reaccionado ante los besos de Adam con más ardor que ante los besos de su marido era preocupante.

Jimmy y ella habían sido novios desde el instituto. Siempre pensó que vivirían juntos para siempre. ¿Cómo podía mirar a otro hombre?

—¿Estás ahí?

—Sí, sí. Estoy aquí y no va a pasar nada.

—A menos que quieras más, claro.

—No quiero nada más. Un beso amistoso, entre vecinos, eso es todo. Adam piensa ayudarme con la mudanza. Evidentemente, está

deseando librarse de mí.

—¿Cuándo te mudas?

—Pronto.

—Inclúyeme. Quiero conocerlo. A menos que quieras invitarme a cenar con él...

—No. Y vamos a cambiar de tema. ¿Qué tal tú?

Bets le contó historias de su fin de semana, que había estado lleno de actividades y de hombres, como casi siempre. Amber no entendía cómo su amiga podía salir con tantos y no quedarse con ninguno. Por supuesto, ésa era una forma de pasarlo bien sin comprometerse. Nada de compromisos para Bets hasta que hubiera terminado la carrera. Se lo había dicho muchas veces.

Amber se había comprometido... con Jimmy.

«Hasta que la muerte nos separe».

Su compromiso con Jimmy se había visto roto de repente. Como decía Adam, era libre. Pero no estaba disponible.

Después de colgar, intentó dormir, pero era imposible. Se hizo una tila y paseó un rato por el diminuto apartamento. Pronto estaría en la casa que había sido su hogar durante tantos años, tendría una rutina diaria...

Pensaba volver a la facultad en septiembre, pero tendría que tomarse unas semanas libres cuando naciera el niño.

Tenía muchas cosas que hacer antes de que naciera su hijo. Pero ella no podía hacer listas, como Virginia. Y no quería ir de compras como su madre.

No sabía lo que quería.

Por fin, cuando la tila logró calmarla un poco, pudo quedarse dormida.

Durante los días siguientes, Amber hizo todo lo posible por olvidarse del vecino de arriba y terminó de guardar sus cosas en cajas. No haría falta mucha ayuda para hacer la mudanza, pensó.

Fue al parque un par de veces... a una hora diferente a la que Adam solía ir. Lo vio una tarde, cuando volvía a casa. Él salía del portal y estaba saludando a alguien que lo esperaba en un coche.

A pesar de su intención de permanecer impasible, Amber miró para ver quién era... un amigo.

El alivio la sorprendió. Pero no debería ser así. Si Adam Carruthers quería salir con una chica todos los días y con dos los

domingos, era cosa suya.

Pero cuando él le dijo adiós con la mano, tuvo que reconocer que le gustaría ir a dar un paseo con su vecino.

Cuando llegó a casa, llamó a su madre.

—¿Qué tal van los preparativos?

—Estoy frenética. Haciendo la maleta y preparándolo todo. Lo de ir a Grecia me parecía buena idea, ahora ya no sé.

—¿Por qué?

—Porque tienen que traer las cosas que hemos comprado, he tenido que cambiar la cita con el ginecólogo...

—Puedo ir a tu casa cuando tú me digas.

—Pero tienes cosas que hacer...

—No, no. La verdad es que estoy aburrida.

—Ay, pobre. ¿Quieres venir con nosotros?

—No, mamá. No me apetece ir a Grecia con Matt y contigo.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta ir de carabina. Ya sabes que Matt sólo tiene ojos para ti.

—Pero...

—Nada, nada, que lo paséis bien. Dime cuándo tengo que estar en tu casa y allí estaré.

—El viernes traen los muebles para el niño. Si no te importa...

—No me importa en absoluto. ¿Qué más?

Amber anotó las instrucciones de su madre, alegrándose de tener algo que hacer durante unos días. Quizá debería hacer la mudanza y terminar con eso de una vez. Podía pasar el resto del tiempo arreglando el apartamento...

—Eso es todo —dijo Sara—. ¿Seguro que no quieres venir?

—Seguro.

—¿Qué sabes de Virginia?

—Me llama una vez al día, pero no ha pasado por aquí. Dice que mi problema son las hormonas.

Sara soltó una carcajada.

—¿Qué más da a qué le eche la culpa mientras te deje en paz? ¿Sigues viendo a Adam?

—No «veo» a Adam, mamá. Es un vecino. Me he encontrado con él en el portal.

—A mí me cayó bien.

—A mí también. Pero es demasiado pronto para pensar en esas cosas —suspiró Amber.

Aunque a veces lo pensaba.

—A Jimmy no le gustaría que te quedaras sola para siempre.

—Sí, claro. Pero tengo tantas cosas en qué pensar que no me queda tiempo para interesarme por otra relación amorosa. Además, ¿cuántos hombres querrían saber nada de una viuda con un hijo?

—Muchos, especialmente con una chica como tú.

Amber sonrió.

—Lo dices porque me quieres.

—No, lo digo porque es verdad. Bueno, tengo que colgar. Gracias por todo, cariño.

—De nada. Que lo paséis bien.

Su madre parecía tan feliz… Ella tenía a Matt, la emoción de un hijo que compartiría con su marido, una nueva vida. Sabía que siempre sería parte de su vida, pero ya no sería lo mismo.

Sara y Matt estarían ocupados con su nueva familia. Y seguramente la aumentarían, además. Amber nunca viviría con sus hermanos, nunca estaría con ellos todos los días. Ya no serían exactamente su familia. O, más bien, sería como una tía.

De repente, se echó a llorar.

Echaba de menos a Jimmy. Echaba de menos la vida que había soñado tener con él. Le daba miedo tener al niño sola. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo iba a poder con todo? ¿Debería considerar la oferta de Virginia?

No quería hacer eso. Ella quería cuidar de su hijo, ayudarlo a convertirse en un adulto sano y generoso. Le hablaría de su padre todos los días…

¿Cómo podía haber muerto Jimmy? Era tan injusto. Era tan joven, tan lleno de vida…

¿Cómo podía haber muerto en un país extraño, a manos de alguien que no lo conocía? Ella quería que su hijo tuviera un padre, que tuviera una familia de verdad, no quería que creciera echándole de menos, sintiendo que le faltaba algo.

Estuvo llorando largo rato, con el corazón roto. Cuando intentaba controlarse, los sollozos arreciaban. Había llorado durante días cuando supo de la muerte de Jimmy y ya debería haberlo superado. Pero no era sólo por Jimmy. Lloraba por sí misma.

Entonces sonó el timbre, pero no le apetecía abrir la puerta.

—¿Amber? Soy yo —era Adam.

Pero Amber no quería ver a nadie. Y menos que a nadie a Adam.

—Abre, sé que estás ahí.

—¡Vete!

—Abre la puerta. No pienso irme de aquí.

Amber se incorporó, sonándose la nariz, y abrió la puerta.

—Estoy bien. Vete.

Adam, como era su costumbre, entró sin esperar invitación.

—¿Qué te pasa? ¿Estás llorando, mujer? —exclamó, abrazándola.

Era un gesto tan cariñoso que Amber se puso a llorar otra vez. Era una delicia que él la abrazara, sentir el calor de su piel. Su voz era como un salvavidas y enterró la cara en su pecho, intentando escapar de la pena.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Adam cuando por fin dejó de llorar.

—Nada —contestó ella, sin levantar la mirada. Se sentía como una tonta—. Es que me ha dado por llorar...

—¿Por qué?

—Porque me siento sola, porque me da miedo criar a un niño sin su padre. Y mi madre es tan feliz que me da envidia... Me alegro por ella, pero me recuerda lo sola que estoy...

—Sé que echas de menos a tu marido, pero tienes que seguir adelante. Tendrás que ir paso a paso, supongo.

Ella asintió.

—Claro.

—Ve a lavarte la cara, luego iremos a dar un paseo por el parque. El aire fresco te sentará bien.

—No tienes que quedarte. Ya estoy más tranquila.

—Me gusta pasear con alguien.

—No es verdad. Haces ejercicio solo.

—Eso es diferente.

—Además, he estado en el parque esta tarde.

—Vamos a la playa entonces.

Amber fue a lavarse la cara. Era asombroso que Adam no hubiera salido corriendo al verla con los ojos hinchados y la nariz roja como un pimiento, pensó, al verse en el espejo.

Diez minutos después subía a un deportivo con la capota bajada.

—Mi padrastro también tiene un descapotable, pero yo creo que a mi madre le gusta más que a él.

Afortunadamente, durante los días de diario las playas no estaban llenas de gente y encontraron aparcamiento enseguida.

La brisa que llegaba del mar era fresca, deliciosa. Caminaron en silencio por la arena, disfrutando del sonido de las olas y los gritos de las gaviotas sobre sus cabezas. Amber empezó a relajarse, rejuvenecida por la cercanía del mar.

Pero iba tan ensimismada que tropezó y Adam la tomó de la mano. El roce la hizo sentir un escalofrío. Su corazón se puso a mil por hora... demasiado peligroso, pensó, soltando su mano.

—Esto es muy bonito —murmuró—. Me encanta el mar. Mi madre me traía aquí cuando era pequeña.

—A mí también me gusta. La primera vez que vi esta playa me quedé entusiasmado. Ojalá pudiéramos usar el agua para apagar fuegos.

—Como una enorme manguera, ¿eh?

—Sí, así apagaríamos las llamas en un momento.

—Tu trabajo es muy peligroso, ¿verdad? —preguntó Amber.

—Tiene cierto peligro, pero también es peligroso conducir en una autopista. Estoy entrenado para ello y practico a diario en el cuartel.

Amber sintió un escalofrío.

—¿Tienes frío? —preguntó Adam, pasándole el brazo sano por los hombros.

—No, no. Es que estaba pensando que uno no sabe cuándo va a terminar su vida.

—O a empezar. Tu madre y tú estáis a punto de vivir algo muy emocionante, de dar a luz una vida nueva. Parece raro que una madre y una hija vayan a tener familia al mismo tiempo, pero la verdad es que así tendrás alguien con quien compartir tus penas.

Amber asintió, sin dejar de notar el brazo sobre los hombros. Por un momento, imaginó que eran novios, paseando por la playa, compartiendo su vida...

Pero no eran novios. Y no debería pensar esas tonterías. Tenía que recordar a Jimmy.

Y recordar, si algún día volvía a enamorarse, que quería que su

marido hiciera un trabajo seguro, no algo tan peligroso como apagar fuegos.

—¿Has participado alguna vez en uno de esos incendios en el bosque que ocurren tan a menudo en California?

—Estuve en uno en Los Ángeles hace un par de años.

—Lenguas de fuego de metros de altura —dijo Amber, repitiendo lo que había oído en las noticias.

—Yo intento apartarme de ésas.

—¿Y nunca tienes miedo?

Adam se encogió de hombros.

—No hay tiempo para el miedo cuando estás trabajando. A veces, cuando terminas, piensas en lo que podría haber pasado... Pero no me ha pasado nada.

—Sí te ha pasado. Mírate el brazo.

—Un accidente sin importancia. Ser bombero es un trabajo estupendo.

—Pero has estudiado enfermería...

—Cada bombero debe tener una especialidad, además de apagar fuegos.

Ella asintió. Aunque le gustase Adam, sería imposible arriesgar su corazón por segunda vez con un hombre que jugaba con el peligro todos los días.

De modo que se mudaría a su nuevo apartamento y olvidaría a Adam Carrathers.

Adam caminaba a su lado, observándola con el rabillo del ojo, intentando leer sus pensamientos. No le gustaba su trabajo, estaba claro. Y eso lo ponía a la defensiva.

Ser bombero era un trabajo estupendo que le llenaba de satisfacción. Además, iban a ascenderle pronto en el escalafón. Con un poco de suerte, en unos años sería jefe de uno de los cuarteles. O podría dedicarse a lo que había estudiado, enfermería. Tenía opciones y oportunidades. Pero, por el momento, le gustaba lo que hacía.

No se le había ocurrido pensar cómo vería otra persona su trabajo.

A su madre lo que le preocupaba era que ganase dinero, nunca le había preocupado su seguridad. Siempre pensó que era porque sabía que estaba bien entrenado... o quizá porque nunca se le

ocurrió pensar lo peligroso que podía ser.

Mirando a Amber de nuevo, se preguntó cómo podía llegar a ella. Quería verla más. Como ninguno de los dos estaba buscando una relación, no pasaría nada por ser amigos.

—¿Cómo va lo de la mudanza?

—La verdad es que ya lo tengo todo preparado. Si sigue en pie tu oferta, me gustaría marcharme lo antes posible. No hay ninguna razón para quedarme en el estudio y, tarde o temprano, tendré que acostumbrarme a vivir sin la terraza.

—Hablaré con mis compañeros. ¿El viernes te parece bien?

—No, el viernes tengo que ir a casa de mi madre porque van a llegar los muebles para la habitación del niño.

—Ah, es verdad, que se iban a Grecia.

—Ahora mismo están en el aeropuerto. A mi madre le encanta viajar y gracias al trabajo de Matt, estoy segura de que acabará dando la vuelta al mundo.

—¿Y a ti? ¿Te gusta viajar?

Amber negó con la cabeza.

—Me gustaría visitar algunos países exóticos, pero por el momento estoy bien aquí. He estado en las montañas, en Sierra Nevada, y he visto las playas de California, pero la verdad es que me gusta más estar cerca de casa.

Adam compartía ese sentimiento. No tenía intención de volver a Fresno, donde había nacido. Además, en San Francisco había un millón de cosas que hacer, desde nadar o hacer surf hasta acudir a los espectáculos, los bares, los rodeos...

Aunque, como ella, a veces se sentía solo. No siempre era fácil encontrar a alguien con quien hacer cosas. Sus compañeros eran estupendos, pero siempre estaban saliendo con una o con otra. Y la mayoría de las mujeres con las que él salía a cenar o al cine lo veían como el primer paso para una relación. Era raro que una chica joven no estuviera buscando marido.

—Gracias por sugerir lo del paseo —dijo Amber entonces.

Adam sonrió, pero permaneció en silencio. Era una chica tan amable... Sería una madre estupenda, pensó.

Que su marido hubiera muerto tan joven y cuando ella estaba esperando un niño era muy mala suerte, pero tenía a su madre y a su padrastro que la apoyarían. Una pena que su madre no lo

hubiera tenido tan fácil.

Amber se aclaró la garganta y Adam la miró. A menudo, ése era el presagio de un anuncio que no iba a resultar agradable.

—Creo que no deberíamos volver a vernos.

—¿Qué?

—De hecho, quizá ni siquiera deberías ayudarme con la mudanza.

CAPÍTULO 6

AQUELLO lo pilló por sorpresa. Era lo último que esperaba oír.
—He dicho que te ayudaría con la mudanza y pienso hacerlo —replicó, enfadado—. Aunque, la verdad, creo que hacemos una pareja perfecta. Ninguno de los dos está buscando una relación y... no sé, estaría bien que fuéramos amigos. Podríamos salir por ahí...

—Yo no salgo por ahí —lo interrumpió Amber.

—Era una forma de hablar. Quizá ahora no sales, pero lo harás. A lo mejor un día te apetece hacer algo y no tienes a nadie con quien hacerlo. Si es así, llámame.

Le daría su teléfono y, después de la mudanza, si quería verlo, tendría que dar el primer paso. Y si no quería saber nada de él... en fin, no podría hacer nada al respecto.

—¿Volvemos a casa? No quiero molestarte más con mi compañía.

—No digas tonterías —suspiró ella—. No quería decir eso. Es que, no sé, me siento culpable. No debería estar dando paseos con un hombre...

—¿Por qué?

—Mi marido murió hace unos meses. Ni siquiera ha pasado un año.

—¿Un año? ¿Ése es el período de luto oficial?

—Normalmente, la gente está de luto más tiempo.

—¿Normalmente?

—Yo sigo de luto por Jimmy. Lamenté mucho su muerte.

—Ya me lo imagino. Morir tan joven es algo terrible, sean cuales sean las circunstancias. Pero tú no has muerto con él, Amber. Por lo que me has contado, en realidad vuestra relación no era apenas una relación.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, la verdad es que a veces pensaba que no lo conocía. Era tan diferente cuando volvió en febrero...

—Porque no era parte de tu vida diaria. Seguro que aún te imaginas que está en otro país, de servicio.

—Sí, así es. Me cuesta trabajo pensar que ha muerto. ¿Cómo lo sabes?

—Porque yo sentí lo mismo cuando murió mi madre. Después del funeral, nada me parecía real. Ella vivía en Fresno, yo vivía aquí. Sólo nos veíamos en Navidad, así que su muerte no cambió mi vida. En fin... sé que eso suena horrible. Lamenté mucho su muerte, por supuesto. Que muera tu madre es... terrible. Y la echo de menos. Pero a veces sigo pensando que está en Fresno.

—Entonces, ¿no te parece horrible que yo sienta lo mismo?

—Yo diría que es muy normal.

Los sentimientos de Amber eran más que normales. Se había casado muy joven con un chico que había sido su novio en el instituto, pero del que sabía poco desde que lo destinaron fuera del país. ¿Cómo iba a seguir llorando su pérdida cuando, en realidad, se habían separado mucho tiempo atrás?

Amber recordaba su conversación con Adam una y otra vez. La consolaba pensar que él no la veía como una mala persona por no llorar como lo hacía Virginia. Aunque había llorado esa tarde. De pena. Y de miedo.

Pero iría paso a paso, se dijo. Algunos días estaría bien y otros... en fin, llorar nunca había matado a nadie.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Adam.

—Sí, mejor. ¿Podemos ir por la carretera de la costa?

—Claro.

—A menos que tengas otros planes...

—No tengo ningún plan para hoy —contestó Adam.

—Puedo invitarte a cenar, si quieres. Para darte las gracias por traerme aquí —sugirió Amber.

—No me debes nada, boba.

—Lo sé, pero me gusta cocinar. Y cocinar para mí sola no es lo mismo.

Fueron por la carretera de la costa, respirando la brisa del mar. Amber estaba encantada sintiendo el viento en la cara, viendo volar su pelo... Era emocionante. Si algún día compraba un coche, sería un descapotable. Se sentía feliz, sin preocupaciones.

Una hora después volvieron a su apartamento.

Cuando se miró al espejo, se alegró al ver que ya no tenía los ojos hinchados y que el sol había puesto un poco de color en sus mejillas.

—¿Qué tal un plato de espagueti? Puedo hacer una ensalada y

pan de ajo.

—Lo que tú digas. A mí me gusta todo.

Adam se ofreció a ayudarla, pero ella se negó. Con el brazo en cabestrillo, lo que debería hacer era descansar, según Amber.

—¿Tú no cocinas nunca?

—Lo menos posible.

—Entonces, ¿comes fuera todos los días?

—No siempre. Pero más que tú, seguro.

—Pues aprende a cocinar.

—A lo mejor necesito una profesora.

Amber lo miró, sonriendo.

—¿Eso es un reto?

—Si no piensas volver a verme cuando te vayas de aquí...

La sonrisa desapareció.

—Yo creo que es lo mejor.

—¿Por qué?

Amber no podía decírselo. No podía decirle que era para salvaguardar su corazón. Que se sentía atraída por él y eso le daba miedo. Además, seguramente Adam se partiría de risa. Después de haber dicho eso de que ninguno de los dos quería una relación...

De modo que lo mejor era no volver a verse.

—Si no puedes darme una razón, entonces es una tontería.

—¿Cómo?

—Te he preguntado por qué no quieres que volvamos a vernos y tú no me has dado una sola razón.

No había forma de explicar aquello...

Afortunadamente, en ese momento sonó el teléfono.

—Salvada por la campana —suspiró Adam.

Amber arrugó la nariz mientras iba a contestar.

—¿Dígame?

—¿Amber?

Horror. Virginia.

—Dime, Virginia. ¿Qué tal?

—Llamo para ver cómo estás.

—Bien, bien, gracias. No estoy enferma, estoy embarazada.

—Lo sé, pero las hormonas pueden descontrolarte muchísimo. James y yo queremos que vengas a cenar el viernes, ya que tu madre está de viaje. De hecho, como está de viaje, podrías quedarte

todo el fin de semana con nosotros. Podríamos ir a comprar ropita para el niño...

—No puedo, Virginia... tengo planes.

—¿Qué planes?

—Pues... mi amiga Bets y yo vamos al cine.

—¿Cuándo?

A Amber se le quedó la mente en blanco. Entonces miró a Adam, que estaba escuchando la conversación con cara de guasa.

—El sábado. No sé a qué hora.

—Pero puedes venir después del cine, ¿no? Podrías dormir aquí, así comeríamos juntos el domingo.

—Verás... es que...

—Tienes que visitar a una amiga enferma —dijo Adam en voz baja.

—... tengo que visitar a una amiga que está enferma, Virginia. Lo siento. Pero podemos comer juntas la semana que viene.

—¿Qué día?

—El martes —contestó Amber—. Nos veremos en ese restaurante de la calle Sansome que tanto te gusta.

—¿A qué hora?

—A las dos.

El agua estaba cociendo y Amber señaló la cacerola con el dedo. Adam se levantó, miró la cacerola y luego se volvió, con expresión interrogante.

Ella tapó el auricular con la mano.

—Mete la pasta, bobo.

—¿Amber?

—Sí, sí, estoy aquí.—

—¿Estás con alguien?

—Ha venido a cenar un amigo. Tengo que colgar, Virginia. Estaba haciendo la cena y...

—¿Quién? —la interrumpió su suegra.

—Un amigo. Adiós, nos vemos el martes.

Y luego colgó, dejando a su suegra con la palabra en la boca.

—Te estás poniendo muy dura, ¿eh? —sonrió Adam.

—La pobre no tiene nada mejor que hacer —suspiró ella.

—Pues tendrá que buscarse alguna ocupación. No puede estar molestándote todo el tiempo. Lo está pasando mal, pero no tiene

por qué amargarte la vida.

—Lo sé. Y sé también que lo hace con buena intención, pero es que es insufrible. Y, que yo sepa, no le gusta la jardinería, ni la cerámica ni la costura...

—Pues cuando nazca tu niño no lo va a dejar en paz.

—Espero que no. Quiero que mi hijo tenga una buena relación con sus abuelos, pero no que esté todo el día con ellos.

—Tiene miedo —dijo Adam—. Cree que volverás a casarte otra vez y te olvidarás de ellos.

—Yo no haría eso.

—No, pero tu suegra lo cree.

Amber no había pensado en eso.

—Ya te he dicho que no pienso volver a casarme.

—Pero a lo mejor aparece un tipo estupendo y cambias de opinión.

—No lo creo —rió ella—. ¿Y tú?

—No pienso casarme en la vida.

—A menos que encuentres una chica estupenda y cambies de opinión, claro.

—No, esto es más divertido —sonrió Adam, inclinándose para besarla.

Amber se dejó besar. Le gustaba sentir el calor de su cuerpo, sus labios tan suaves, el roce de sus manos en la espalda... pero el sonido del agua saliéndose de la cacerola la devolvió a la realidad.

—Menos mal que es sólo agua —murmuró, apartándose—. Si hubiera sido salsa, habría tenido que pasarme el fin de semana limpiando.

Tenía el corazón acelerado. Y había perdido el apetito. Sólo quería que Adam volviera a abrazarla, saborear sus labios otra vez...

—La cena estará lista enseguida.

A Adam le importaba un bledo la cena.

Amber no lo miraba. Y era lógico. Seguramente quería que se fuera lo antes posible, pero no se atrevía a decirlo.

No tenía por qué besarla. Ella lo estaba pasando mal y debería ser su amigo, no buscarla a todas horas, ni pensar en sus labios.

De modo que cenarían civilizadamente y luego se iría.

Pero... pero no quería marcharse. Quería pasar más tiempo con ella. Quería saber más cosas de ella, por ejemplo, cómo iba a

arreglarse siendo madre soltera, cómo iba a seguir con sus estudios si iba a tener un hijo.

—Ya está lista.

Adam la ayudó a poner la mesa y cuando apartó la silla, Amber le sonrió. Al menos su madre le había enseñado a ser caballeroso y eso parecía gustarle.

—Esto está riquísimo —dijo, después de probar los espagueti—. Si yo pudiera cocinar así todos los días, no tendría que comer fuera de casa.

—Gracias. La verdad es que no suelo cocinar mucho para mí sola. Normalmente, como en el campus de la universidad y luego me hago una sopa y un par de sandwiches para cenar. Pero pensé que los bomberos se turnaban para hacer la comida.

—Y lo hacemos. Pero yo sólo me encargo de hacer los sandwiches. No me dejan hacer nada más.

La tensión del beso parecía haberse disipado y, poco a poco, Amber empezó a disfrutar de la cena y la compañía.

Sin embargo, aunque ella habría querido que se quedase, después de cenar y ayudarla a fregar los platos, Adam anunció que se iba a casa.

—Gracias por llevarme a la playa. Y siento haberme puesto a llorar...

—Por favor, no te disculpes.

Adam se quedó parado como un adolescente. ¿Qué debía hacer, darle un beso de despedida o un golpecito en el hombro? Le gustaría besarla, pero...

—Buenas noches —dijo Amber entonces, abriendo la puerta.

Pero Adam la cerró. La cerró y la tomó entre sus brazos. Ella abrió mucho los ojos, pero estaba seguro de haber visto un brillo de felicidad en ellos... antes de que los cerrara.

Adam estaba aburrido. Ya casi no le dolía el brazo y estaba deseando volver a trabajar. La inactividad lo estaba volviendo loco.

Habían pasado dos días desde la última vez que vio a Amber. Quería llamarla, pero no sabía su número de teléfono. Había mirado en la guía, pero no estaba.

También había bajado a su apartamento dos veces, pero no se atrevió a llamar al timbre. Ella sabía dónde vivía, también podía hacer un esfuerzo si quería verlo, ¿no?

Pero eso era lo triste, que no quería verlo.

Se pasó el jueves limpiando el apartamento, haciendo la colada, sacándole brillo a los cristales...

El viernes, decidió que ya estaba bien. Se arriesgaría a pasar por el cuartel para hacer algo, aunque sólo fuera mirar a sus compañeros.

Estaba a punto de salir de casa cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Adam. Soy yo, Amber.

—Amber, ¿qué pasa?

—Nada, es que me he dormido... ¿podrías llevarme a casa de mi madre? Tengo que estar allí porque van a llevar los muebles del niño. Se lo prometí y...

—Tranquila, tranquila, yo te llevo —la interrumpió él, encantado—. ¿Estás lista?

—Lo estaré en cinco minutos. Gracias. Te debo un favor.

Adam sonrió. Le gustaba eso de que Amber le debiera un favor. ¿Qué podría pedirle por llevarla a casa de su madre? ¿Cenar en su casa durante una semana? La idea tenía posibilidades.

Cinco minutos después se encontraban en el descansillo y, una vez en el coche, Amber le indicó cómo llegar a casa de su madre.

—Siento haberte interrumpido si estabas haciendo algo...

—Nada importante, tranquila.

Ella miró su reloj.

—Son las nueve. Mi madre me dijo que los muebles llegarían entre las nueve y las doce.

—No llegarán antes de las doce, seguro. Y eso hace que me pregunte si hay alguien en el mundo al que le lleguen las cosas a primera hora. Tiene que ser algún afortunado, ¿no?

Amber soltó una carcajada y Adam contuvo el aliento.

Le encantaba oírla reír. Cuando la miró, de reojo, le costó trabajo volver a mirar la carretera. Era preciosa cuando reía. Ojalá pudiera oír ese sonido todos los días...

—Es en esa calle —dijo Amber—. Ah, mira, ahí está el camión. Corre, no dejes que se vaya.

Salió del coche a toda prisa para hablar con el conductor y Adam la observó hablar con él un momento.

—Acaban de llegar. Qué suerte hemos tenido.

—Voy a aparcar y os echaré una mano. Y luego te llevaré a casa.

—No hace falta. Puedo volver en autobús.

—De eso nada. Volveré en cuanto encuentre un sitio para aparcar.

La buena suerte favorece a los mejores, pensó Adam, encantado al ver un sitio libre en la siguiente calle. En unos segundos, estaba de vuelta en el edificio... pero no sabía en qué piso vivía la madre de Amber, de modo que tendría que esperar a que volvieran por la siguiente remesa.

Poco después, subía con uno de los operarios en el ascensor hasta un apartamento grande con vistas a la bahía. El salón era tan grande como todo su apartamento y las ventanas, hasta el techo, estaban cubiertas por unas cortinas blancas que dejaban pasar toda la luz.

Los operarios estaban llevando cajas a un dormitorio lleno de muñecos de peluche.

—Ya está. Esto es todo —dijo uno de ellos, sacando un papel—. Tiene que firmar aquí, señora.

Amber firmó y cuando se fueron miró las cajas.

—Pensé que los muebles vendrían montados.

—No, así no podrían haberlos subido —dijo Adam—. ¿Quieres que los montemos nosotros?

Amber no podía creer que Adam fuera tan amable. ¿No tenía nada que hacer, además de montar muebles para niños... de una familia que no era la suya?

Pero qué bien que fuera así, pensó, contenta. Cuando su madre volviera de Atenas se llevaría una alegría.

—Si no te importa, sería estupendo. Así, cuando mi madre y Matt vuelvan a casa, estará todo listo.

—No me importa. Tengo una caja de herramientas en el coche... a menos que sepas dónde tiene Matt las suyas.

—Ni idea. Y me da no sé qué abrir cajones. Ésta no es mi casa...

—Voy a bajar al coche, vuelvo enseguida.

Media hora después, Amber estaba dándole las piezas que le pedía para montar la cuna. Adam estudió las instrucciones un momento y luego se puso a trabajar como si llevara haciendo aquello toda la vida.

Ella lo observaba, fascinada. La escayola del brazo no parecía

molestarle en absoluto.

—¿Has hecho esto antes?

—¿Montar una cuna?

—Sí.

—Una vez, creo. Los bomberos participamos en proyectos humanitarios...

—¿Ah, sí?

—Sí, una vez estuve en Arizona construyendo una casa para una familia que la había perdido en una riada. Cuando vieron la casa reconstruida se llevaron una alegría... sólo por ver sus caras mereció la pena.

Había muchas cosas de Adam Carruthers que no sabía, pensó Amber.

Él siguió contándole cosas mientras montaba la cuna, la mesita para cambiar al niño y la mecedora. Por lo visto, también había montado juguetes en Navidad para niños huérfanos o niños que estaban en el hospital... y siempre hablaba de sí mismo como si fuera un manazas, pero no era verdad. Lo estaba viendo con sus propios ojos.

—No puedes ser tan malo, no te creo.

—¿Que no? —sonrió él, empujando la mecedora—. A ver, pruébala.

Amber se sentó y empezó a mecerse suavemente.

—Es genial. Me parece que yo también voy a comprar una como ésta. Es muy agradable.

—Bueno, ¿hemos acabado?

—Espera, voy a poner unos peluches en la cunita.

En unos segundos, la habitación estaba lista para su nuevo ocupante.

Amber se quedó en la puerta, mirándola. ¿La habitación de su hijo sería igual de bonita? Probablemente, ya que Matt y su madre insistían en comprar los muebles.

Por supuesto, la habitación de su apartamento no sería tan grande como aquélla, pero estaría bien.

Adam le pasó un brazo por los hombros.

—Bonita, ¿eh?

Por un momento, Amber casi imaginó que él era el padre de su hijo, que estaban admirando su habitación...

Y, nerviosa, se apartó.

—Gracias por todo, de verdad. Será una sorpresa para ellos cuando vuelvan de Atenas.

—Lo he pasado muy bien. Venga, vamos a tirar las cajas y luego, a comer.

—Pues yo... es que, tengo planes —dijo ella, pillada por sorpresa.

—¿Qué? No puedes ir a visitar a tu amiga enferma, eso es mañana.

Amber se puso colorada. Lo de mentir no se le daba nada bien.

—Me apetecería invitarte a comer, la verdad.

Aunque lo mejor sería alejarse de aquel hombre que la hacía pensar... cosas que no debería pensar. Soñar cosas que no debería soñar. Pero le debía un favor.

—Podríamos comer en el embarcadero... y luego pasarnos por una tienda de muebles y ver cunas para tu hijo. A menos que ya sepas lo que quieres.

El corazón de Amber volvió a acelerarse. ¿Quería ir a ver cunas con ella?

—Aún no lo he decidido. Pero mi madre y yo medimos el espacio el otro día, así que sé lo que tengo que comprar. La habitación de mi hijo no será tan grande como ésta, pero...

—Los niños son pequeños, no necesitan mucho espacio. ¿Nos vamos a comer?

—Muy bien. Pero yo invito, ¿eh?

Adam tomó la caja de las herramientas y se dirigió a la puerta.

—Invito yo. Prefiero que me hagas unos espagueti como los del otro día antes de marcharte.

—Ah, muy bien —sonrió Amber.

Cerraron el apartamento, dejaron las cajas en el contenedor de papel y se dirigieron al coche para comer y luego ir de compras.

Amber estaba agotada cuando llegaron a casa. Y sintiéndose culpable otra vez.

Se preguntó entonces si no iba a dejar de sentirse culpable nunca.

Culpable porque ella estaba viva y Jimmy muerto, culpable por haberlo pasado bien con Adam en lugar de estar llorando. Culpable por haber ido a ver cunas con Adam y no con su madre o con

Virginia. Culpable de que el primer osito de peluche de su hijo lo hubiera comprado con Adam. El osito y otras cosas.

Había protestado porque tendría que incluir todo eso en la mudanza, pero Adam insistió.

El sentimiento de culpa era algo a lo que estaba acostumbrándose, pensó, mientras esperaban el ascensor. ¿Se le pasaría? ¿O era algo con lo que tendría que vivir el resto de su vida?

Cuando el ascensor se detuvo en el cuarto piso, lo primero que vio al abrir la puerta fue a Virginia.

—¿Se puede saber dónde has estado?

CAPÍTULO 7

AMBER intentó sonreír amablemente, pero la repentina aparición de su suegra la había molestado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, irritada. ¿No le había dicho que no apareciera en su casa sin avisar?

Virginia miró a Adam.

—Él es la razón por la que no quieres que venga, ¿verdad? ¿Qué esta pasando aquí? Jimmy se quedaría horrorizado. ¿Qué estás haciendo, Amber? ¿Tan pronto te has olvidado de él?

Amber se quedó tan sorprendida por sus palabras que no pudo responder. ¿Era eso lo que pensaba todo el mundo? ¿Que no le importaba que Jimmy hubiera muerto? ¿Que estaba deseando conocer a otro hombre? ¡Eso no era verdad!

—Me parece que no nos han presentado —dijo Adam—. Soy Adam Carruthers, el vecino de arriba. Estaba ayudando a Amber con las bolsas.

Virginia no pareció calmarse con esa explicación y Adam desapareció para evitar problemas.

—Estoy muy enfadada contigo, Virginia —dijo Amber, mientras abría la puerta—. Me has avergonzado delante de un vecino y me estás volviendo loca. No quiero que me persigas así. Yo tengo mi propia vida y necesito mi espacio.

—Eres la mujer de Jimmy, la madre de mi nieto...

—Soy la viuda de Jimmy. Y tú siempre serás la abuela de mi hijo, pero el niño no ha nacido todavía. Estoy perfectamente sana, así que no tienes que preocuparte por mí.

—Pero tú eres toda la familia que nos queda —protestó Virginia.

A Amber se le encogió el corazón. Su niño no había nacido todavía, pero ya empezaba a establecer un lazo con él... Empezaba a entender el dolor de Virginia, su desesperación por haber perdido a Jimmy.

Pero no podía dejar que la volviera loca.

—Te entiendo, de verdad, pero yo no soy tu hija —murmuró, abrazándola—. Y no puedo ocupar el puesto de Jimmy.

La otra mujer se dejó caer en el sofá, con lágrimas en los ojos.

—Sólo quiero lo mejor para el hijo de Jimmy.

—Lo sé y te lo agradezco, pero...

Entonces llamaron al timbre y Amber se volvió, sorprendida. Esperaba que no fuese Adam, no era el momento.

Cuando abrió la puerta se encontró frente a un joven de uniforme.

—¿La señora de James Woodworth?

—Sí, soy yo.

—¿La mujer de Jimmy?

—Sí

—Soy el cabo William Collins. Estaba con Jimmy cuando murió y me pidió que le diera un mensaje.

—Pase, por favor —murmuró ella, con el corazón acelerado.

Aquel hombre había estado con Jimmy al final de su vida. Le habían dicho que sólo había un superviviente del ataque y debía ser aquel chico.

—Siéntese. ¿Estaba usted con mi marido cuando murió?

El joven se sentó en una silla mientras Amber lo hacía al lado de Virginia, que apretaba su mano, nerviosa.

—Siento haber venido tan tarde, pero me dieron el alta del hospital ayer.

—Usted también resultó herido en el ataque, ¿verdad?

—Así es. Soy el único superviviente.

—Qué suerte tuvo —murmuró Virginia.

—¿Ya se encuentra bien del todo?

Amber lo miraba, viendo un poco al hombre que era Jimmy la última vez que estuvieron juntos. Joven, lleno de orgullo, un poco distante, concentrado sólo en su trabajo...

—Voy a volver a casa unos días, pero enseguida me reincorporaré al regimiento.

Amber respiró profundamente. Aquel joven había escapado de la muerte, pero estaba deseando reincorporarse... Era difícil entenderlo.

—Jimmy era mi hijo —dijo Virginia.

El chico asintió con la cabeza.

—No sufrió, señora. Fue todo muy rápido... salimos despedidos del jeep y... yo no pude hacer nada. Pero no le dolió, estaba paralizado del cuello para abajo y no sentía nada.

Parecía tan angustiado como ellas. Y Amber lo entendía. Tendría

que vivir toda su vida con ese recuerdo.

—Seguro que usted hizo todo lo que pudo.

Virginia empezó a sollozar.

—No sufrió nada, señora, se lo juro.

Amber asintió. Nada podría haber salvado a su marido, pero era consolador saber que no había estado solo al final.

—Sus últimas palabras fueron para usted. Dijo: «ojalá pudiera verla sonreír una vez más. Tiene la sonrisa más bonita del mundo. Y su risa. Es mágica, hace que todo el mundo sonría con ella».

Amber tuvo que parpadear para controlar las lágrimas, pero casi podía oír la voz de Jimmy…

El joven soldado se aclaró la garganta, mirando la boina que retorcía entre las manos.

—Me dijo que le gustaría besarla una vez más. Y también que le dijera que la quería más que a nada.

Amber intentaba controlar las lágrimas, pero rodaron por su rostro sin que pudiera evitarlo. Virginia lloraba también.

—Era una broma entre nosotros. Uno decía te quiero y el otro decía, yo te quiero más. Y así hasta que uno de los dos decía: «yo te quiero más que a nada».

Jamás podría volver a decirle a Jimmy que lo amaba. Jamás volvería a reírse con él.

El joven volvió a aclararse la garganta.

—También me dijo: «dile que encuentre a un buen hombre, que forme una familia y que le ponga mi nombre a uno de los niños. Quiero que sea feliz, que viva muchos años y piense en mí de vez en cuando». Y luego murió.

Amber tuvo que cubrirse la cara con las manos, incapaz de controlar los sollozos. Incluso cuando se estaba muriendo, pensaba en ella. Y en su futuro. Le había dado su bendición para que siguiera viviendo…

Era como si le hubiera quitado un peso de encima. Le pedía que siguiera adelante… Ojalá hubiera sabido que iba a ser padre.

—Gracias por venir. Y gracias por estar con él en sus últimos momentos.

—No le habría dejado por nada del mundo, señora.

—Sí, lo sé.

Virginia había sacado un pañuelo del bolso y estaba secándose

los ojos.

—Yo también me alegro de que estuviera con mi hijo… y de que no sufriera al final.

—Está enterrado en Colma, en el cementerio militar.

—Me gustaría visitar su tumba, pero tengo que volver al regimiento —murmuró el cabo.

—Lo entiendo.

—¿Quiere saber alguna cosa más? —preguntó el joven, levantándose.

—No se vaya todavía. Tome un refresco con nosotras… así podrá contarnos cosas de Jimmy. Si no le importa… la verdad es que no sabemos lo que hacía allí.

—Se dedicaba a las comunicaciones por satélite. Aprendió mucho, era muy listo. Trabajarnos juntos durante unos meses…

El cabo William Collins se quedó con ellas, contándoles historias del ejército y de aquel trágico destino temporal en uno de los sitios más peligrosos del mundo. Donde Jimmy había muerto.

Una hora más tarde, se marchó para tomar el avión que lo llevaría a Seattle y Virginia se marchó poco después.

Amber se quedó pensativa. Jimmy sabía que iba a morir y sus últimos pensamientos habían sido para ella.

Quizá de verdad la había amado más que a nada.

El sábado por la mañana, Amber se levantó más tarde de lo normal. Bets llegaría a las once. Iban a comer juntas y después al cine. Y estaba deseando contarle la visita del cabo Collins.

También le gustaría contárselo a Adam, pero… quizá no debería hacerlo. Los dos habían acordado que no querían una relación y, sin embargo, era a él a quien más le gustaría contárselo.

Además, Adam podría pensar que era una sutil indicación de que estaba lista para seguir adelante, para encontrar pareja otra vez. Y se sentiría amenazado.

No, no debería contárselo. Lo que debería hacer era mudarse y cortar el contacto con él. No había futuro para ellos.

Pero empezaba a tener dudas…

Le gustaba estar con él. Adam la hacía sentir segura, cómoda, querida. Sabía que era un hombre en el que se podía confiar. Una pena que tuviera un trabajo tan peligroso… por no hablar de su visión sobre las viudas embarazadas.

Mejor seguir como hasta el momento.

—Hola, chica —la saludó Bets, a las once en punto—. Estás más gordita que la última vez.

—Ahora uso pantalones con cinturilla elástica porque no puedo cerrarme los vaqueros. Pero tengo pecho, ¿has visto?

—¡Claro que lo veo!

—No es que quiera impresionar a nadie...

Bets soltó una carcajada.

—Ponte una blusa escotada y ya veremos si tu vecino se queda impresionado. ¿Va a pasar por aquí?

—No lo creo. ¿Nos vamos?

Mientras iban en el autobús, Amber le habló sobre la visita del cabo Collins.

—Ha sido un detalle que viniera hasta San Francisco para contártelo nada más salir del hospital. Debe ser buena gente.

—Sí, eso parecía.

—¿Y tú qué piensas? Yo creo que Jimmy te estaba dando su bendición para que siguieras adelante con tu vida.

—Sí, eso parece. Pero no estoy segura.

—¿Por qué no? No te puso una fecha límite, ¿no? No dijo: «quiero que empieces a salir con hombres dentro de cuatro años, seis meses y doce días».

—No seas tonta.

—¿Y qué pasa con Adam Carruthers?

—Es sólo un vecino. Además, es bombero. Lo último que quiero es enamorarme de alguien que tiene un trabajo tan peligroso. ¿Qué pasaría si después de un mes de casados muriera en un incendio? No me apetece, gracias.

—No sé... hay muchos bomberos mayores. Además, cuando le asciendan su trabajo será menos peligroso.

—Yo quiero conocer a un profesor, a un agente de seguros o algo así.

—¡Qué aburrimientooooooooo! Yo quiero algo más emocionante.

Adam, por ejemplo. Sí, Bets y él harían buena pareja.

Pero la idea no le hacía ninguna gracia.

Quizá más adelante, cuando se hubiera cambiado de piso.

Lo pasó fenomenal con su amiga. Bets tenía una forma de ser

irreverente y tremendamente divertida. Su personalidad, tan optimista, era contagiosa. Cuando volvió a casa, se sentía mejor que en muchos meses.

Bets trabajaba todo el día durante el verano para pagarse la universidad, pero tenía los fines de semana libres, de modo que acordaron verse más a menudo.

Le iría bien pasar algún tiempo con su amiga. Estando con ella, todo parecía más fácil.

Amber subió a la terraza para ver la puesta de sol y, sentada en una de las tumbonas, se puso las manos sobre el abdomen. Podía sentir los movimientos del niño de vez en cuando, como las alas de una mariposa.

Su madre y ella habían hablado sobre los cambios en su cuerpo y lo que sentían al llevar dentro una nueva vida... era increíble, asombroso, emocionante.

Amber amaba a aquel niño sin conocerlo, era una bendición estar embarazada.

—¿Te apetece un poco de compañía? —preguntó Adam, que había aparecido a su lado de repente.

—Sí, claro.

—¿Qué has hecho hoy?

—He ido al cine con mi amiga Bets. Hemos visto una comedia muy divertida.

—¿Qué tal con tu suegra?

—Bien.

—¿Qué pasa? ¿No quieres contármelo?

—No, es que... estaba pensando en una cosa. Ayer tuve una visita y...

Amber le habló de la visita del cabo Collins y lo que le había contado sobre su marido. Adam escuchaba atentamente.

—¿Y qué sentiste al oír eso?

—Me sentí rara. Y triste. Y, sin embargo, me alegré mucho al saber que no había muerto solo, que no había sufrido. Lo siento mucho por Will Collins. Imagina lo que debió sentir al ver morir a su amigo.

Adam asintió con la cabeza, mirando al mar.

—Sí, no debió ser muy agradable. Ha sido un detalle que viniera a contártelo. Pero supongo que para ti... habrás revivido esos

momentos tan dolorosos.

—En cierto modo, sí. Pero Jimmy dijo antes de morir que debía rehacer mi vida, así que cuando llegue el momento no me sentiré culpable. No sé, supongo que cuando uno está a punto de morir, ve las cosas con más claridad.

—¿Has decidido rehacer tu vida?

—Llevo meses intentando hacer eso… ¿o quieres decir que ahora estoy dispuesta a buscar marido?

—Oye…

—Debería haberlo imaginado.

—¿Por qué me lo has contado entonces?

—Pensé que estarías interesado en saberlo. Pero no debería habértelo contado —replicó Amber, levantándose.

—Espera…

—No, gracias.

—No quería decir que fueras a tirarte a la calle a buscar marido, Amber. Sólo que ahora puedes seguir adelante con tu vida sin sentirte culpable.

—¿Y tú cómo sabes si me siento culpable o no?

Adam sonrió.

—Se te nota en la cara. Además, sé lo que estás pasando. Cuando mi madre murió, la primera vez que me reí de algo me sentí la peor persona del mundo. ¿Cómo podía reírme si mi madre había muerto?

—¿Y cómo puedo yo besar a un hombre cuando mi marido ha muerto hace unos meses?

—Ah, ya.

Amber entró en el ascensor y Adam entró tras ella. Cuando se bajó en el cuarto, él hizo lo propio.

—¿Qué haces?

—Quería hablar contigo sobre lo de la mudanza. Si te parece bien, unos compañeros míos pueden ayudarnos el martes.

—El martes pensaba comer con Virginia, pero puedo posponerlo.

—¿Quieres que salgamos a cenar? —preguntó Adam.

—¿Qué? ¿Para qué pienses que voy a la caza de marido?

—No seas tonta. No quería decir eso y lo sabes. Además, tenemos que comer.

—Cenar juntos un sábado por la noche suena como una cita.

—No es una cita. Tú no sales con hombres. Eres viuda, ¿recuerdas?

Ella dejó escapar un suspiro.

—Muy bien. ¿Dónde vamos?

—¿Dónde quieres ir?

—Me encanta la comida china.

—Pues entonces, vamos a Chinatown.

Y fueron a Chinatown, un barrio lleno de gente, asiáticos, occidentales, de todas las razas. Cuando entraron en el restaurante, Amber se percató de que todos eran blancos.

—No sé si será bueno... no hay ningún chino.

—Es un restaurante estupendo, te lo aseguro.

—Bueno, háblame de tu trabajo. ¿Por qué decidiste hacerte bombero?

—Primero quería ser astronauta —sonrió Adam—. Luego quise ser multimillonario, pero cuando tenía catorce años se quemó un edificio cerca de mi casa y nunca olvidaré el trabajo de los bomberos intentando ayudar a la gente, intentando salvar lo que podían... supongo que por eso decidí hacerme bombero... ¿Sabes que una vez ayudé a traer un niño al mundo?

—¿En serio?

—Sí, fue muy emocionante.

Durante la cena, Adam le contó cosas sobre su trabajo.

Amber estaba encantada con las historias que le contaba. No sólo había ayudado a traer un niño al mundo, también había evitado que un hombre muriese de un infarto. No le hablaba mucho de los incendios, quizá porque sabía que a ella le parecía algo muy peligroso. A lo mejor estaba endulzando la historia para que no tuviera miedo.

Adam sabía que estaba fanfarroneando, pero quería impresionar a Amber.

Y quería que entendiera por qué le gustaba tanto su trabajo. Si podía entenderlo quizá no le preocuparía tanto el peligro.

Le explicó cómo eran los entrenamientos, el sistema de compañerismo para que nadie saliera herido, que el capitán jamás pondría a su equipo en una situación de peligro a menos que fuera absolutamente necesario...

Si ella entendía que lo que hacían era importante para la

comunidad, quizá no le importaría tanto el riesgo.

—Seguramente te estoy aburriendo.

—No, en absoluto. Es fascinante. No sé si admirarte o asustarme la próxima vez que oiga una sirena. ¿No te da miedo que tu próxima salida sea la última?

—Amber, la mayoría de los bomberos se jubilan, no mueren abrasados.

Ella sintió un escalofrío.

—Ya, pero siempre hay accidentes.

Él no quería que pensara eso, pero seguramente iba a ser difícil convencerla.

—Bueno, ¿nos vamos?

Adam pagó la cuenta y tomó su mano cuando salían del restaurante. Las luces de las tiendas y locales de Chinatown hacían que pareciese casi de día.

—¿Quieres que demos un paseo?

—Sí.

Adam no tenía prisa por volver a casa. Quería disfrutar de la noche, no sólo cenar y volver cada uno a su apartamento.

Por primera vez, estaba considerando pedirle a una mujer que se fuera a vivir con él. Sin su trabajo, se sentía solo. Amber se estaba convirtiendo en una persona importante para él, diferente a la camaradería con sus compañeros o las chicas con las que solía salir.

Ella lo hacía sentir un anhelo desconocido, pero no podía ponerle nombre. ¿Deseo? ¿Compañía?

¿O el anhelo de tener a alguien cerca cada día?

CAPÍTULO 8

EL MARTES por la mañana, Bets llegó antes de las ocho. —¿Qué haces aquí?

—Me he tomado el día libre para ayudarte con la mudanza.

—De eso nada, lo que quieres es conocer a Adam —replicó Amber, riendo—. Pero sea cual sea la razón, gracias. Me alegro de verte.

—He traído bollos y café con leche. ¿A que soy divina? Podemos desayunar y así tendré fuerzas para mover cajas.

—Adam y sus compañeros llegarán a las nueve.

—Pues parece que ya lo tienes todo preparado —sonrió Bets, mirando las cajas amontonadas.

—Cuando mis padres lleguen mañana, estaré a un par de manzanas de su casa. Pero entonces tendré que ponerme a comprar muebles para la habitación del niño.

—¿No te parece raro volver a la casa en la que creciste?

—Sí, sobre todo porque ya no estarán los viejos muebles. Mi madre lo tiró casi todo cuando se casó con Matt. Pero tengo los míos y, además, prefiero que haya espacio libre.

A las nueve en punto sonó el timbre. Adam estaba en el descansillo, con una sonrisa en los labios y. al verlo, a Amber le dio un vuelco el corazón.

—¿Lista?

Amber vio a un grupo de hombres altos y fuertes detrás de él.

—Pasad. Ya lo tengo todo preparado.

El diminuto estudio parecía incapaz de albergar a tanta gente y hubo muchas risas durante las presentaciones. Bart era alto y moreno, Jed, rubio y tan bronceado que debía pasarse todo el día en la playa. Trevor y Brandon parecían gemelos, con el pelo castaño y una sonrisa contagiosa. Y la esposa de Trevor, Jill.

—He pensado que te haría falta un poco de ayuda femenina. Con tanta testosterona una podría asustarse.

Bets estaba encantada con tantos hombres, claro.

—Tú vienes conmigo —dijo Adam cuando Bart sacó la última caja del estudio—. Tienes que decirme dónde vamos. Los demás nos seguirán.

—Muy bien. No puedo creer que vaya a dormir en mi antigua casa esta noche. Con mis muebles y todo.

Por supuesto, no había ningún sitio libre delante del portal, pero había una zona de carga y descarga, de modo que estacionaron las furgonetas allí, esperando que no les pusieran una multa.

En dos viajes, todas sus cosas estaban en el nuevo apartamento. Los compañeros de Adam dejaron los muebles exactamente donde ella quería. Jill y Bets la ayudaron a guardar las cosas de la cocina... mucho más grande que la de su estudio.

En realidad, había sido una suerte que su madre le dejara el apartamento. Así podría recibir amigos, llevar una vida normal...

Cuando Brandon preguntó si alguien tenía hambre, todos gritaron que sí.

—¿Dónde vamos? —preguntó Trevor.

—¡ATony's!

—¿Tony's?

—Pizza —explicó Adam—. Está cerca del cuartel. Tienen la mejor pizza de San Francisco.

—Yo invito —dijo Amber.

Pero todos se negaron. Aparentemente, se alegraban de haber hecho un poco de ejercicio... y de conocer a la «amiga» de Adam.

Amber lo miró, esperando que no viera su expresión de pánico.

Pero él se encogió de hombros, divertido.

—Que piensen lo que quieran, nosotros sabemos la verdad.

—Oye, cositas al oído es cosa de viejas. Dejad eso para cuando estéis solos —los regañó Jed—, Vamos a comer, estoy muerto de hambre.

Tony's era una típica pizzería californiana, con mesas grandes, ruidosa y llena de gente.

—Es difícil mantener una conversación normal cuando esta pandilla está de celebración —dijo Jill.

—¿Qué están celebrando, que me han ayudado con la mudanza?

—Cualquier cosa. Cuando se reúnen, siempre celebran algo.

Amber la miró, pensativa.

—Supongo que es por su trabajo. Tener que enfrentarse con el peligro cada día tiene que hacer que uno vea la vida de otra forma.

—Sí, es posible. Pero están entrenados para eso. Además, es mejor que hagan algo que les gusta, ¿no te parece?

—¿A ti no te da miedo por Trevor?

—Sí, claro. Pero no sería quien es si no hiciera lo que le gusta. Y yo no tengo intención de cambiarlo. Lo quiero tal y como es —sonrió Jill.

Amber intentó no mirar a Adam. Aunque quería hacerlo.

Pero ella no lo amaba. No podía amarlo. Sólo era un vecino, un chico simpático que estaba echándole una mano. Después de comer, ella volvería a su casa y él a la suya.

Y, seguramente, no volverían a verse.

Esa idea le quitó el apetito por completo.

A pesar de haber trabajado durante horas moviendo cajas y muebles, ninguno parecía tener prisa por marcharse y Amber lo pasó de maravilla escuchando anécdotas de bomberos. Y Bets también parecía estar pasándolo estupendamente, claro,

—No puedo creer que sea tan tarde —murmuró Amber, cuando por fin salieron de la pizzería y se despidieron de todo el mundo.

—El tiempo vuela cuando uno se divierte —sonrió Adam, pasándole un brazo por los hombros.

Amber se apoyó en él. Estaba cansada, pero se sentía segura a su lado.

—Gracias por todo.

—Si vuelves a decir eso, te juro que haré algo drástico.

—¿Por ejemplo?

—Esto —contestó Adam, tomándola entre sus brazos para buscar sus labios.

—Oh —murmuró ella después, medio mareada.

—Ya me has dado las gracias doscientas veces. Ha sido un placer, de verdad.

—Pero tus amigos no me conocían siquiera...

—Ahora te conocen. Y si necesitas ayuda en el futuro, no dudes en llamar.

Amber dudaba que fuera a necesitar— ayuda, pero le gustaba que dijera eso.

Aquel día había sido especial... por Adam. Que estaba siempre a su lado, rozándola de vez en cuando, mirándola, incluyéndola en todas las conversaciones...

Si era sincera consigo misma, debía admitir que temía estar enamorándose de él.

Pero no podía enamorarse. No podía pasar por lo mismo otra vez…

Cuando llegaron a su casa, no le apetecía subir. Pero no había sitio donde aparcar.

—Bueno, adiós. Gracias otra vez.

—Te acompaño al portal —dijo Adam.

Amber no quería irse, pero era tarde. A pesar de la escayola, Adam no había parado de trabajar y debía estar agotado. Ella lo estaba, desde luego.

—Buenas noches —se despidió Adam, inclinándose para besarla de nuevo.

El miércoles, Amber se dedicó a colocar las cosas a su gusto. Ahora era su casa, no la de su madre. Aunque, al final del día, se parecía mucho a la casa en la que había vivido cuando era pequeña. Y eso no estaba mal; al menos, así sabía dónde estaba todo.

Llamó a Virginia para decirle que ya se había mudado y quedó con ella para comer el viernes después de ir al ginecólogo. Luego dejó un mensaje en el contestador de su madre.

Y después, sin saber qué hacer, salió a dar un paseo para familiarizarse de nuevo con su antiguo vecindario.

El muelle de Fort Masón estaba muy cerca y se sentó en los escalones, mirando el mar, recordando la terraza de su antiguo estudio. ¿Estaría allí Adam en aquel momento, mirando el mar también?

Quizá debería llamarlo para darle las gracias otra vez…

—Ya, como que no dejó claro anoche que ya era más que suficiente.

Suspirando, se levantó y empezó a pasear. El ejercicio era bueno para ella y para el niño. Quería ser la mejor madre del mundo. O la segundo mejor, después de la suya.

Al día siguiente, su madre la llamó para decirle que estaban de vuelta y para invitarla a cenar porque quería contarle lo bien que lo habían pasado en Grecia.

Amber aceptó, encantada. Estaba aburrida y necesitaba compañía.

Su madre tenía un aspecto radiante cuando la recibió por la noche.

—La habitación del niño ha quedado preciosa. ¿Cómo has

montado la cuna y todo lo demás?

—Tuve ayuda —contestó Amber.

—Ah, ¿un amigo?

—Sí, Adam Carruthers. Mi vecino.

—Ah, qué bien.

—Bueno, contadme qué tal el viaje.

—Tienes que ir a Grecia, es un sitio maravilloso —empezó a decir su madre, entusiasmada—. Las playas son increíbles, la gente encantadora y la comida deliciosa. El hotel era muy elegante y nuestra habitación, fantástica.

Amber soltó una carcajada.

—Veo que te ha gustado.

—Y a Matt también, ¿verdad?

—Sí, pero sugiero que no le hagas una narración detallada del viaje minuto a minuto —rió su marido.

Amber sonrió. Sus padres. Matt era su padrastro y, a pesar de que sólo tenía catorce años más que ella, ya casi lo consideraba un padre porque se portaba como tal.

De nuevo, volvió a sentir aquella punzada de envidia... Ojalá ella tuviera a alguien especial, alguien que la mirase como si fuera la mujer más maravillosa del mundo.

—Sara me ha dicho que ya te has mudado. ¿Qué tal?

—Muy bien. Adam y sus amigos se encargaron de todo. Bueno, y Bets.

—Adam otra vez —murmuró su madre.

—Es sólo un vecino, mamá.

—Ya no.

—Sí, bueno...

Después de que su madre le contara todo sobre el viaje a Grecia, Amber les contó que Virginia seguía llamándola todos los días.

—Esa mujer necesita una distracción... a toda prisa.

—¿No tenía un grupo de amigas? ¿Por qué no le sugieres que vuelva a salir con ellas?

—No sé, hace tiempo que no las ve, creo.

—A veces cuesta trabajo retomar las cosas que uno hacía antes de una tragedia como ésta, pero quizá sería lo mejor.

Después de cenar, quedaron en ir juntas al ginecólogo al día siguiente.

—¿Vas a pedirles que te digan el sexo del bebé? —preguntó su madre.

—Sí, creo que sí.

—Yo también. ¡Mañana lo sabremos!

Cuando llegó a casa, había un mensaje de Virginia en el contestador. Amber había esperado que Adam la llamase, pero...

Cuando supiera el sexo del niño lo llamaría para contárselo. Seguro que querría saberlo. Por impulso, o quizá porque se sentía alegre, invitó a Virginia a ir con ella al ginecólogo. Y a comer juntas después.

—Yo estaba segura de que iba a ser un niño —estaba diciendo Virginia, cuando llegaron al restaurante...

—¿Te has llevado una desilusión? —preguntó Amber, emocionada al saber que su hija nacería antes del día de Acción de Gracias, si el médico estaba en lo cierto.

—No, claro que no —contestó su suegra, intentando poner buena cara—. Pero no pensé que sería una niña. Pensé que sería un niño, como mi Jimmy.

—Pero no es Jimmy, Virginia —murmuró Amber—. Es parte de Jimmy, parte de mí y de nuestra familia. Quizá sea mejor que vaya a ser una niña, así no esperaremos que se parezca a Jimmy.

Virginia asintió con la cabeza.

—A veces eres muy sabia, hija —dijo, suspirando.

—¿Quieres llamar a James para darle la noticia?

—No, se lo diré cuando llegue a casa.

Amber asintió, pensativa.

Iba a tener una niña. Seguramente, no tendría más hijos. ¿O sí? ¿Encontraría a alguien con quien formar una familia?

La imagen de Adam apareció en su mente de nuevo, pero intentó apartarla. No había vuelto a saber de él desde el martes. Ahora que ya no eran vecinos, no esperaba que la llamase a menudo, pero...

Pero quería saber de él. De repente, miró a Virginia y se dio cuenta de que quería todo lo que tenía su suegra, un marido cariñoso, un padre para su hija, un hogar. Quería lo que su madre y Matt tenían. Quería amar a alguien y ser amada a la vez.

Y deseaba con todo su corazón que ese alguien fuera Adam Carruthers.

—No —dijo, sin pensar.

—No... Nada de cosas que engorden —murmuró Amber, mirando la carta—. Voy a pedir una ensalada.

Durante la comida, hablaron de la niña, de la fiesta que debían organizar poco antes de que naciera, como era la costumbre...

—Kathy, Bets y tú podríais organizaría. Te acuerdas de Kathy, ¿verdad? Fue al instituto con Jimmy y conmigo.

—¿La pelirroja con pecas? —preguntó Virginia.

—Esa misma. Ella también está embarazada y dará a luz en cualquier momento. Después, cuando se recupere, podéis organizar la fiesta.

—Encantada —dijo su suegra.

Amber dejó escapar un suspiro de alivio. Quizá eso mantendría ocupada a Virginia.

Cuando volvió a casa por la tarde, llamó a Adam, pero saltó el contestador y colgó sin dejar un mensaje. Quería hablar con él personalmente. Llamaría más tarde, pensó.

Lo intentó un par de veces, pero no consiguió hablar con él y decidió irse a la cama.

El sábado por la mañana, Amber estaba ocupada pasando el aspirador. Había comprado unas cortinas que le gustaban y un edredón a juego. Sus planes para aquel día incluían ir a comprar algunos muebles, biberones y algo de ropa para el niño. Pero esperaría hasta que sus amigas le hicieran la fiesta para ver qué le faltaba.

Cuando sonó el timbre, pensó que sería su madre.

Pero no, era Adam.

—Hola. ¿Te pillo en mal momento?

—Hola —lo saludó Amber, sonriendo de oreja a oreja. Podría estar mirándolo durante todo el día—. ¿Qué haces aquí?

—He venido para ver si te apetecía hacer algo.

—Pues... iba a salir a comprar unas cosas. Para mi hija.

—¿Tu hija? ¿Va a ser niña?

—Sí —sonrió Amber—. Me enteré ayer.

—Deberías haberme llamado.

—Te llamé, pero saltó el contestador.

—No estaba en casa. Pero podrías haber dejado un mensaje.

—Sí, bueno... ¿dónde estabas?

—En el cuartel de bomberos. Les faltaba gente, así que fui a echar una mano con el papeleo. No es lo más divertido de mi trabajo, pero así pude salir un rato de casa.

—¿Te sientes encerrado?

—Estoy harto. Tengo unas ganas de volver a trabajar...

—Pues yo no estaría tan impaciente por volver a meterme en un incendio.

—Te preocupas demasiado —sonrió él, revolviéndole el pelo—. No me pasará nada.

—Quizá sí y quizá no. ¿No podrías hacer algo que no fuera tan peligroso?

—¿Por ejemplo?

—No sé...

La verdad, no se imaginaba a Adam con un traje de chaqueta en la ventanilla de un banco. Quizá como albañil... pero entonces lo imaginó subido en un andamio y tampoco le pareció nada seguro.

—Bueno, da igual. Dejemos eso.

—¿Quieres venir a comprar conmigo?

—Claro. Pero tenemos que terminar alrededor de las doce. Luego iremos a dar un paseo por la carretera de la costa y, más tarde, a cenar en casa de Trevor. Jill ha insistido en que te invitara.

Eran las nueve de la mañana. Y Adam quería pasar todo el día con ella...

—Espera, voy a cambiarme. Termino enseguida.

En su opinión, Amber estaba estupenda con esa ropa, pero sabía que las mujeres tenían otro punto de vista sobre el asunto.

Mientras esperaba, se dedicó a pasear por el apartamento. La cocina era grande. Quizá podría pedirle que lo invitase a cenar de vez en cuando. No se tardaba mucho en ir allí desde su apartamento. Aunque no era tan conveniente como bajar un piso andando...

La echaba de menos. No había esperado echarla tanto de menos, la verdad. Había tenido que hacer un esfuerzo para no llamarla por teléfono cada día. Sólo llevaba fuera cuatro días y no podía creer el hueco que había dejado en su vida.

Ellos no estaban saliendo ni nada por el estilo. Y acababan de conocerse.

Pero había algo en Amber que se le había metido en el corazón y no estaba seguro de que fuera a desaparecer.

Ella quería una familia, una casa llena de niños.

Él siempre había estado solo, incluso cuando su madre vivía.

—Ya estoy.

Adam se volvió. Era preciosa. Aún no se le notaba mucho el embarazo, pero tenía un brillo en los ojos... y una sonrisa contagiosa.

La deseaba, eso era innegable. Deseaba poder ver aquella cabellera rubia extendida sobre su almohada, aquellos ojos brillando sólo para él. Quería tocarla, acariciar su piel y olvidarse de todo.

Adam sacudió la cabeza. Estaba perdiendo la razón.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

—No, nada. Bueno, tiendas de bebés, vamos allá.

No podía creer que hubiera dicho eso. Él no sabía nada de recién nacidos, ni de muebles para niños, ni de nada de eso. Además, no había planeado casarse. Seguramente, nunca.

Pero podría seguir teniendo una relación con Amber, como amigos, claro. Ella lo invitaría a casa para que viera a su hija y él iría para ver a la madre.

Se sentía como si estuviera jugando con fuego, por irónico que eso pudiera sonar... Sentía que estaba arriesgándose demasiado.

¿Se quemaría?

O peor, ¿le haría daño a Amber?

CAPÍTULO 9

ADAM se sentía como un elefante en una cacharrería. Tantos juguetes, tantos peluches, tantas cunas, tantas... cosas.

Entonces miró unas perchitas de las que colgaban unos trajecitos diminutos. ¿De verdad los niños eran tan pequeños? Parecían trajecitos de muñeca.

—¿Qué te parece? —le preguntaba Amber de vez en cuando, señalando una cuna.

—Lo que tú quieras.

—También quiero una mecedora, como la de mi madre.

Amber se acercó donde estaban las mecedoras y se sentó en una de ellas. Como no pareció gustarle, se sentó en otra.

Y Adam la imaginó con su niña en brazos, acunándola. O con un hijo suyo, de pelo y ojos oscuros...

Y tuvo que tragar saliva.

¿Por qué estaba pensando esas cosas? Eso no iba a pasar. ¿Y si moría en un incendio? ¿Quería dejar a su mujer sola, con hijos, trabajando horas y horas para sacar adelante a la familia, sufriendo como su madre? ¿Como Amber tras la muerte de Jimmy?

Pero Amber no estaba sufriendo. Ella tenía objetivos y una familia que la quería y la apoyaba. Era mucho más fuerte que su madre.

Por fin, ella se decidió por una cuna y una mecedora y habló con el encargado sobre el día que debían llevarlas a su casa.

—Que las lleven el martes y yo iré a montarlas —intervino Adam.

No le gustaba nada cómo la estaba mirando aquel hombre. ¿No se daba cuenta de que estaba embarazada?

—Por supuesto, señor. Pero necesito la dirección y un teléfono de contacto, por si acaso.

Amber se acercó a Adam cuando el encargado se alejó para rellenar unos papeles.

—¿Qué te pasa? Parecías a punto de darle un puñetazo.

—Estaba tonteando contigo.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Eso no es verdad.

—Sí es verdad.

Amber arrugó el ceño.

—No puede ser, estoy embarazada.

—¿Y qué? Sigues siendo una mujer muy guapa.

—Estás loco. Espera un mes o dos, a ver si puedes seguir diciendo eso.

—Seguramente lo haré —murmuró él.

Mientras iban en el coche por la carretera de la costa, Amber no dejaba de pensar en una sola cosa: Adam había dicho que era una mujer preciosa.

Una mujer preciosa.

¿Estaría tonteando con ella?

¿Y quería ella tontear con Adam?

¿Podría hacerle cambiar de opinión sobre su trabajo? No, imposible. Adam adoraba su trabajo. Lo hacía por vocación. Y si lograba convencerlo, al final la odiaría por ello.

Comieron en un restaurante de carretera, en medio del bosque, un sitio que parecía sacado de un cuento.

—No parece que estemos en San Francisco.

—Sí, es verdad. Es uno de mis sitios favoritos —murmuró Adam, que estaba particularmente serio—. ¿Tienes frío?

—No, no, estoy bien.

Para cuando llegaron a casa de Trevor y Jill, Amber estaba agotada. Y cada mes se cansaría antes, claro. Era algo a lo que debía acostumbrarse.

—¿Qué tal el nuevo apartamento? ¿Ya lo has colocado todo? —le preguntó Jill, en la cocina.

—Casi todo. Ha quedado bastante bien. ¿Quieres que te ayude con algo?

—No, pero agradezco la compañía.

—Hoy hemos ido a comprar cosas para la niña —sonrió Amber.

—¿Con Adam?

—Sí.

Jill sonrió.

—Me alegro. Adam es un chico estupendo y necesita a alguien especial en su vida.

Amber se quedó sorprendida por el comentario.

—Pero sólo somos amigos.

—Dos amigos que son, además, amantes, forman el mejor matrimonio —rió Jill—. ¿No te parece?

—¿Matrimonio? Pero nosotros no vamos a... somos amigos, Jill, nada más. Además, hay muchas complicaciones...

—Ay, perdona, se me había olvidado lo de tu marido. Es muy pronto, sí. No estoy diciendo que vayáis a Lake Tahoe a casaros ahora mismo.

Amber pensó en su boda con Jimmy, en Lake Tahoe precisamente. Una boda que, después, no los había llevado a ninguna parte. Si algún día volvía a dar ese paso, desde luego no sería allí.

—Adam no quiere casarse.

Jill se encogió de hombros.

—Ningún hombre quiere casarse.

—Y yo no quiero casarme con un bombero.

—¿Por qué no? Son estupendos. Y unos amantes muy ardientes —rió Jill.

—¿No te da miedo que Trevor no vuelva algún día?

—Claro que me da un poco de miedo, pero confío en que no sea así. Yo quiero vivir feliz, Amber, y para vivir feliz no se puede tener miedo todo el tiempo. Tengo un buen marido, un buen trabajo y, con un poco de suerte, seguiré teniendo todo eso durante muchos, muchos años.

—¿Y si no es así?

—Entonces, no será así. Pero, ¿voy a perderme el amor de mi vida por miedo a lo que podría no pasar nunca?

El amor de su vida. Amber había pensado una vez que Jimmy era el amor de su vida, pero eso fue en el instituto. Se había preguntado muchas veces qué habría pasado si él hubiera vuelto a San Francisco. ¿Habrían podido encontrar esa chispa de nuevo?

—Es muy duro perder a alguien que quieres.

—Seguro que sí, pero es parte de la vida. Venga, ayúdame a llevar esto al comedor.

Cenaron entre risas y anécdotas de los bomberos y el cansancio desapareció como por ensalmo. Era muy tarde cuando Adam sugirió que debían volver a casa.

—Tus amigos son encantadores.

—Sí, es verdad.

—¿Todos los bomberos son así?

—Casi todos. Bueno, cada uno tiene su personalidad, pero en general son gente que vive la vida, son gente optimista. ¿Tú no?

Amber siempre había sido optimista, pero... Pero nada, seguía siéndolo. Había llorado por la muerte de Jimmy, pero seguía adelante, confiaba en la vida.

Y confiaba en sí misma.

Seguramente, siempre recordaría a Jimmy, pero estaba dispuesta a vivir. Y a ser feliz.

—Gracias por traerme, lo he pasado muy bien —sonrió cuando llegaron a su casa.

—Vendré el martes para montar la mecedora —se despidió Adam.

—No tienes por qué.

—Yo creo que sí —murmuró él, acariciando su pelo. Luego la besó, un beso suave, dulce... y demasiado corto.

El martes por la mañana, Adam despertó ilusionado.

Ilusionado porque iba a ver a Amber. Tres días sin verla era demasiado tiempo. Un tiempo infinito.

Mientras se afeitaba, se miró en el espejo. ¿Sería eso el amor? ¿No hacer a alguien feliz, sino sentirse feliz en su compañía? ¿Se había enamorado de una viuda que no quería volver a casarse?

Adam metió la cuchilla en el agua y siguió afeitándose. La filosofía a esas horas de la mañana no era lo suyo. Pero cuanto más lo pensaba, más se preguntaba si tendría alguna oportunidad con Amber.

El no había pensado casarse, pero si Amber lo había hecho cambiar de opinión, quizá él podría hacerla cambiar de opinión a ella.

Se dio un golpe en la escayola en su prisa por vestirse, pero no le dolió. No le dolía nada.

Media hora después, Amber le abría la puerta de su casa con una sonrisa en los labios. Una sonrisa que lo hizo tragar saliva.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

Llevaba unos pantalones cortos y una camisetilla que apenas le tapaba el ombligo. Excepto por el abultado abdomen, seguía siendo

delgada. Y estaba preciosa.

Adam no pudo evitarlo. La tomó entre sus brazos y buscó sus labios porque no podía hacer otra cosa. Se habría quedado así durante un milenio.

Pero un golpe en el estómago hizo que se apartara.

—¿Qué ha sido eso?

Amber soltó una risita.

—Creo que la señorita acaba de despertarse, mira —dijo, tomando su mano para ponerla sobre su abdomen. Adam sintió un roce, un movimiento en su interior...

Era la niña, moviéndose. Nunca había sentido algo así. Incluso le pareció notar que era... ¿un pie?

—¿Te duele?

—No. A veces es un poco incómodo, pero no duele. Me gusta.

—A mí también.

Unos minutos después, la actividad cesó.

—Creo que ha vuelto a dormirse.

Adam tomó su cara entre las manos y volvió a besarla. No sabía por qué, quizá para agradecerle que hubiera compartido ese momento con él.

Respiraba aguadamente cuando se apartó, pero no podía hacer nada más. Ella no quería nada más y los muebles estaban a punto de llegar...

—¿Quieres un café?

Le gustó darse cuenta de que Amber respiraba tan agitadamente como él. Y tenía ese brillo en la mirada...

No quería café, la quería a ella. O una ducha fría.

—Sí, gracias.

Cuando pasaban por delante de la habitación de la niña, Amber se detuvo.

—No puedo creer que pronto habrá una niñita durmiendo aquí.

El asintió con la cabeza. Le gustaría hacer alguna contribución, pero los padres de Amber iban a comprarle de todo. En fin, al menos podría montar los muebles.

—¿Podrás volver a la facultad?

—Creo que sí. Tendré que tomarme unas semanas libres, claro, pero pienso ir a clase este año.

—¿Y quién se quedará con la niña?

—Eso todavía no está decidido. Virginia quería hacerlo… bueno, eso era antes de saber que iba a ser una niña.

—¿Y ahora ya no quiere?

—No sé, supongo que sí. Pero la verdad es que se ha llevado una desilusión. Ella esperaba que fuera un niño, otro Jimmy.

—¿Y tu madre?

—Ella va a tener un niño. No puede cuidar del mío. Pero encontraré a alguien, seguro.

Por un momento, Adam estuvo a punto de ofrecerse voluntario. Le encantaría cuidar de la hija de Amber. Podría llevarla al cuartel de bomberos, a la playa en sus días libres, al parque…

Pero enseguida sacudió la cabeza. Definitivamente, se estaba volviendo loco.

La cuna y la mecedora llegaron poco después. Como Amber había elegido unos muebles más sencillos que los de su madre, fue muy fácil montarlos. Adam se sentó en la mecedora para probarla. Si aguantaba su peso, aguantaría el de Amber.

—¿Qué tal? —preguntó ella, mientras ponía unas sábanas en la cuna.

—Bien.

—Tendré que volver a lavar las sábanas, pero quiero ver cómo quedan. ¿Te gustan?

—Sí, mucho —contestó él, mirando su trasero.

—¿Quieres comer algo?

—Sí, pero vamos a comer en la playa. ¿Te apetece?

—Como quieras.

—Voy a juntar todos estos cartones para reciclarlos…

En ese momento sonó el timbre y Amber fue a abrir la puerta. Cuando Adam oyó la voz de Virginia, dejó escapar un suspiro. La suegra.

¿Cómo reaccionaría al verlo allí?

—… así que le he dicho a James… ¿qué hace este hombre aquí?

—Es Adam, mi antiguo vecino. ¿Te acuerdas de mi suegra, Virginia Woodworth?

—Sí, claro.

—Él ha montado la cuna, Virginia. Ven a verla. Ha quedado preciosa.

—Yo voy a tirar estos cartones. Ahora vuelvo —sonrió Adam.

Virginia lo fulminó con la mirada antes de entrar en el dormitorio.

Cinco minutos después, Adam volvió al apartamento, pero decidió evitar a Virginia y fue directamente al servicio a lavarse las manos. Y tuvo que sonreír al ver los botes de crema, las cuchillas de color rosa, las colonias…

¿Usaría todo eso de verdad?

Le encantaría verla arreglada. Siempre la había visto en vaqueros o con ropa ancha…

Podrían salir a cenar y a bailar, pensó entonces. Y luego la invitaría a tomar la última copa en su casa…

Adam se echó agua en la cara para descartar esos pensamientos. Amber no era de las que se acostaban con cualquiera. Además, iba a ser madre. ¿Qué bobadas estaba pensando?

Pero, por un momento, le habría apetecido intentarlo.

Amber intentaba controlar los nervios. Si Virginia decía una palabra más sobre Adam se pondría a gritar.

—Es un amigo y ha venido para montar la cuna y la mecedora.

—Podría haberlo hecho mi marido. O tu padrastro.

—Matt tiene muchas cosas que hacer, Virginia.

—Pero la gente empezará a murmurar…

—¿Qué gente?

—De todas formas, no ha pasado ni un año desde la muerte de Jimmy.

—Lo sé muy bien, Virginia. Y también sé el tiempo que estuvimos separados.

—¿Qué quieres decir?

Amber no quería discutir, pero estaba harta de que se metiera en su vida.

—Virginia, tu hijo se fue de San Francisco hace dos años. Apenas nos vimos en todo ese tiempo. Yo sentí que se había ido entonces… no cuando murió.

Su suegra la miró, perpleja.

—Pero entonces no había muerto.

—Lo sé, pero para mí… todo cambió cuando se marchó. Yo empecé a estudiar en la universidad, él se alistó en el ejército. Ya no teníamos nada en común.

—Y ese Adam y tú sí tenéis cosas en común, ¿no?

—No estamos teniendo una relación, Virginia.

—Aunque a mí me gustaría —dijo Adam entonces, desde la puerta.

CAPÍTULO 10

AMBER se volvió, atónita. —¿Qué has dicho? —Que cuando llegue el momento, espero poder convencerte para que tengamos una relación.

—Pero...

—Señora Woodworth, no esperará que Amber esté de luto por Jimmy para siempre, ¿verdad? Tiene veinte años y toda la vida por delante.

—Pero ahora tiene que pensar en su hija.

—Y esa niña necesitará un padre.

Virginia miró a Amber, horrorizada.

—¿Eso es lo que piensas hacer? ¿Casarte con otro hombre?

—Yo no pienso hacer nada. No sé si podría volver a enamorarme. ¿Y si algo le pasara a ese hombre? ¿Y si volviera a quedarme sola? No, no podría volver a perder a alguien... no podría soportarlo.

—Al final, nos vamos todos, Amber —sonrió Adam.

—Pero la mayoría de la gente muere cuando es mayor, cuando ya ha vivido la vida. Además, mira quién habla... tú eres bombero, arriesgas tu vida todos los días. Y no quiero seguir hablando de esto —dijo Amber entonces, furiosa—. Gracias por tu ayuda y adiós.

Adam no se movió.

—Virginia, te pedí que no me molestaras continuamente, que no vinieras a mi casa sin avisar —dijo Amber antes de encerrarse en su habitación.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué había dicho Adam eso? ¿Habría querido provocar a Virginia?

Pero si lo había dicho de verdad... se mareaba sólo de pensarlo. Si de verdad quería tener una relación con ella...

—Tiene razón —murmuró, tocándose el abdomen—. Puede que un día vuelva a casarme.

Y si lo hacía, le gustaría casarse con alguien como Adam Carruthers.

Alguien como Adam Carruthers que no tuviera un trabajo tan peligroso.

Pero era tan peligroso enamorarse...

—¡No!

Era demasiado pronto para pensar en el matrimonio. Quizá, sólo quizá, estaba enamorándose de él, pero aún tenían que conocerse, aún sabía muy pocas cosas sobre él… ¿O no? Sabía lo de su madre, lo de su infancia, conocía a sus amigos, sabía la clase de hombre que era.

La mejor clase.

Una hora después, decidió salir de la habitación. Afortunadamente, el apartamento estaba en silencio. Adam y Virginia se habían ido…

No, error. Adam estaba en el salón, tranquilamente sentado en el sofá, leyendo una revista.

—Pensé que te habías ido.

—Pues no. Habíamos quedado en ir a comer.

—¿Ah, sí? ¿Y si yo quisiera algo más? ¿Y si hubiera decidido cazarte?

Adam se levantó, riendo.

—Cázame, Amber.

El tiempo pareció quedar suspendido. Se miraban a los ojos, sin decir nada durante unos segundos.

—Pero dijiste que no querías casarte.

—Quizá he cambiado de opinión. Quizá soy feliz estando contigo.

—También eres feliz estando con Trevor —respondió Amber.

—Sí, Trevor me hace reír. Tú me haces feliz.

—¿Y eso te sorprende?

—Sí, la verdad es que sí. Durante años había pensado que no quería ser responsable por la felicidad de nadie… pero quizá estaba equivocado. ¿Nos vamos a comer?

Amber lo miró, confusa. Mejor, pensó. No estaba preparada para seguir hablando de ese tema.

Además, no podía estar enamorada de él. Le gustaba, sí. Mucho. Pero tanto como para casarse con él… No, eso era culpa de las hormonas. Seguro.

Cuando volvió a casa, llamó a su madre.

—Hola, cariño, ¿qué tal?

—Bien. ¿Por qué no venís a ver la habitación de mi niña? Adam ha montado la cuna y la mecedora. Ha quedado preciosa.

—¿Adam sigue ahí?

—No, hemos ido a comer y luego se ha ido a casa. Virginia ha estado aquí esta mañana.

—¿Y?

—Ya te puedes imaginar. Al ver a Adam casi le da un ataque.

—¿Adam es importante para ti, hija?

—Yo no quiero que lo sea.

—¿Por qué?

—Porque es bombero.

—Por favor...

—¿Qué?

—No todo el mundo tiene la suerte de amar a dos personas, cariño. Cuando uno conoce a su alma gemela no debe dejarla escapar. La vida y el destino te ponen todo tipo de trampas, pero hay que vivir, hija. Ésa es tu única obligación, vivir.

—No puedo hacerlo otra vez, mamá. No puedo arriesgarme. No podría soportar perder a Adam...

—Me parece que ahí tienes la respuesta a todas tus preguntas —dijo su madre entonces—. ¿Sigues queriendo que vayamos?

—Sí, por favor. Ven con Matt.

—Claro que sí.

Amber colgó. Sí, tenía la respuesta. No podría soportar perder a Adam.

Y, por eso, tendría que decirle adiós. Lo llamaría por teléfono... no, mejor se lo diría cara a cara. Al menos, le debía eso.

Esa idea la entristecía de tal modo que se sentía físicamente enferma. Pero tenía que hacerlo. Mejor ahora que más adelante. Mejor ahora, antes de que las cosas se complicaran.

Además, tenía muchas cosas que hacer. Tenía que pensar en su hija, en sus estudios. Tendría que encontrar la felicidad en las pequeñas cosas y olvidarse de Adam Carruthers para siempre.

Temiendo echarse atrás, Amber se arriesgó a ir al apartamento de Adam al día siguiente. Pero antes de llamar al timbre se detuvo un momento, intentando contener los nervios. Era lo mejor para ella, pensaba. Para ella y para su hija.

Adam abrió la puerta enseguida y, al verlo sonreír, Amber casi olvidó para qué estaba allí.

—Hola, no te esperaba.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro. ¿Quieres que vayamos a comer a algún sitio?

—No, no quiero que vayamos a comer a ningún sitio. De hecho, he venido a decirte que no vamos a vernos más.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—¿Te importaría decirme por qué?

—Porque somos muy diferentes.

—La mayoría de los hombres y las mujeres lo son. Afortunadamente.

—Muy bien —suspiró Amber—. La auténtica razón es... que me da miedo.

—¿Yo te doy miedo?

—Tú no me das miedo. Eres amable, bueno, considerado. Pero me da miedo enamorarme de ti.

—Ah...

—No, no te hagas el listo. No he dicho que esté enamorada de ti, he dicho que me da miedo enamorarme de ti. No quiero enamorarme de nadie, no quiero volver a pasar miedo.

—Es porque soy bombero, ¿no?

—En parte. Pero la verdad es que no quiero enamorarme, no quiero sufrir.

Adam se cruzó de brazos.

—Tú sabes que hay algo entre nosotros. Algo inesperado, desde luego. Ninguno de los dos estaba interesado en una relación y...

—Y nada. No puede haber nada entre nosotros, Adam.

—Escúchame, Amber. Llevo toda mi vida planeando hacer las cosas bien, no complicarme, ir a lo fácil. No quería ser responsable por la felicidad de otra persona, pero tú has cambiado eso. Conocerte ha hecho que me dé cuenta de lo que me estaba perdiendo.

—No te estás perdiendo nada —replicó ella—. Esto es sólo... una atracción sexual, la fruta prohibida y todo eso. En realidad, no quieres una relación seria.

—Te equivocas. Quiero una relación seria contigo. Te quiero, Amber.

Al oír eso, ella sintió pánico.

—No... No, eso no puede ser.

—Ya sé que no quieres oírlo, pero es la verdad. Y eso lo cambia todo. Te quiero y quiero que tú te enamores de mí. Quiero casarme contigo...

—¡No! No, no, no. No puede ser. Yo no voy a casarme con nadie. No quiero volver a verte —exclamó Amber, asustada—. Tengo que irme, Adam. Por favor, no me llames, no intentes ponerte en contacto conmigo. Es mejor que nos despidamos como amigos.

—Yo no quiero despedirme.

—Por favor, no me lo pongas más difícil...

—Si es tan difícil, ¿por qué lo haces?

—Porque tengo que hacerlo. Sencillamente, tengo que hacerlo.

Adam no dijo nada y, unos segundos después, Amber estaba en la calle, caminando sin rumbo.

Estaba haciendo lo que debía hacer. Sabía que era así. Pero le dolía tanto...

Adam no podía creerlo. Había desnudado su alma, le había dicho lo que sentía, le había pedido que se casara con él.

Y Amber había dicho que no.

¿Era aquello lo que Amber había temido, aquel vacío, aquella sensación de que el mundo había terminado? Porque eso era lo que Adam sentía en aquel momento.

Le habría gustado salir corriendo tras ella, decirle que la quería, que nunca había querido a otra mujer... pero Amber no querría escucharlo. No quería arriesgarse. Estaba dispuesta a tirar su vida por la borda antes que arriesgarse a sufrir de nuevo.

Adam se dejó caer en el sofá, mirando la pared. Había sido un tonto por mostrarse tan sincero con ella y, sobre todo, por amarla. Menuda ironía, pensaba. Llevaba años intentando no enamorarse y ahora se daba de bruces con el amor... un amor no correspondido.

No debería haberse presentado en el parque. No debería haberla conocido nunca. Pero la amaba con toda su alma.

Las dos siguientes semanas fueron las más difíciles para Amber. Echaba de menos a Adam como no había echado de menos a nadie en toda su vida.

Y la situación era más dolorosa al saber que estaba enamorado de ella, que la quería, que deseaba casarse... y por el hecho de que podría tener todo sólo con descolgar el teléfono.

Cada día tenía que hacer un esfuerzo para no llamarlo. Por la noche, cuando estaba en la cama, recordaba sus palabras, el brillo de sus ojos...

Pero entonces se acordaba de Jimmy. El dolor por su pérdida se había atemperado con el paso del tiempo, pero no así el miedo a pasar por eso otra vez.

Jill la llamó un día para invitarla a una barbacoa, pero Amber declinó la invitación, con la excusa de que tenía que arreglar su apartamento para cuando llegase la niña.

—¿Sabes que Adam está de vuelta en el trabajo? Ya le han quitado la escayola y se ha metido en el equipo de enfermería del cuartel.

—Hace días que no hablo con él —contestó Amber—. Pero me alegro de que esté bien.

—Bueno, llámame un día, cuando tengas tiempo.

Amber colgó, pensativa. El equipo de enfermería. ¿Habría elegido él mismo ese escuadrón o le habrían destinado allí porque aún estaba recuperándose?

De repente, se puso a llorar. Echaba tanto de menos a Adam que le dolía. Era casi como si hubiera muerto. Pero ella sabía que estaba vivo y haciendo lo que más le gustaba hacer.

Tendría que acostumbrarse, pensó, y seguir adelante con su vida. Otra vez. No estaría con Adam, pero al menos no se le partiría el corazón si le pasara algo.

Un miércoles de septiembre, Amber y Virginia fueron al hospital para ver la sala de partos y la habitación que iba a ocupar. Su madre y Matt habían ido una semana antes, de modo que no conocía a nadie del grupo. Y casi todas las mujeres estaban a punto de dar a luz.

—Nosotros no teníamos estas cosas tan modernas —dijo Virginia, mirando la sala de partos—. Ni la epidural ni nada de eso.

Luego fueron al nido para ver a los niños recién nacidos, envueltos en mantitas rosas o azules.

—Aquí es donde se pone a los niños para que los vean sus parientes —les explicó una enfermera—. Están aquí un par de horas al día, el resto del tiempo lo pasan con su madre. Y, por supuesto, no están en el hospital más que un día o dos...

—¿Sigues saliendo con ese hombre? —preguntó Virginia en voz

baja.

—¿Qué hombre?

—Ese tal Adam.

Amber tragó saliva.

—No, hace tiempo que no lo veo. Ya no somos vecinos.

Virginia se quedó callada un momento.

—Estoy pensando desmantelar la habitación de Jimmy. James dice que deberíamos convertirla en una habitación de invitados para que la niña y tú podáis ir de vez en cuando. Cuando quieras, claro. Si te apetece salir con una amiga o algo así... Podrías quedarte a dormir allí, en lugar de despertarla.

—¿Estás segura?

—No pienso tirar sus cosas. Algunas las colocaré en estanterías, otras las guardaré en cajas... para que la niña las vea cuando sea mayor.

—Me parece muy bien, Virginia.

—Es tan duro, Amber... Espero que no te pase a ti —murmuró su suegra entonces, con los ojos llenos de lágrimas.

Amber apretó su mano.

—Voy a llamarla Jamie Marie, por Jimmy.

Virginia sonrió.

—Qué nombre tan bonito.

—Sí, yo también lo creo. Y quiero que sepas una cosa. Aunque volviera a casarme algún día, Jamie Marie siempre sería tu nieta. Eso no va a cambiar.

—Puede que a tu nuevo marido no le haga gracia.

—Entonces no sería la clase de hombre que yo quiero. Además, no tengo planes de casarme por ahora, así que no hay que preocuparse.

—¿Y Adam?

—Ya no nos vemos —contestó Amber—. Si vuelvo a enamorarme alguna vez, quiero que sea de alguien con un trabajo normal, no de un hombre que arriesgue la vida cada vez que sale de casa.

—James y yo podemos presentarte a unos vendedores de seguros muy majos.

Amber soltó una carcajada.

—No, déjalo. Al menos, de momento.

¿Estaría preparada alguna vez para un hombre que no fuera Adam Carruthers?

—Yo creo que estás loca —dijo Bets, mientras atravesaban el campus.

Hacía un bonito día de otoño y el suelo estaba cubierto de hojas. El campus estaba lleno de estudiantes que iban de un sitio a otro, comprobando horarios y charlando con sus compañeros.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Nada. Si no le echas de menos es que no es el hombre de tu vida.

—Pero le echo de menos.

—¿Entonces?

—Ya lo sabes, Bets, te lo he dicho un millón de veces. No puedo arriesgarme, me moriría de miedo. No quiero vivir con un hombre que arriesga su vida todos los días.

—¿Y qué buscas, un contable?

—No estoy buscando nada. Ahora lo único que me importa es vivir tranquila —suspiró Amber mientras se detenían en un semáforo.

Muy cerca de su antiguo apartamento. Muy cerca del apartamento de Adam.

—Ya, bueno. En fin, te dejo. Tengo que terminar un trabajo para la clase de Literatura.

Cuando el semáforo se puso en rojo, se despidieron a toda prisa y Amber fue a cruzar la calle para tomar el autobús.

De repente, un coche que iba a toda velocidad se saltó el semáforo. Amber se volvió al oír el grito de Bets y vio la cara horrorizada del conductor, oyó el chirrido de los frenos... Todo parecía ocurrir a cámara lenta. Antes de que pudiera reaccionar, el parachoques la golpeó... Instintivamente, Amber soltó los libros para sujetarse el abdomen, para proteger a su niña.

Sentía como si estuviera flotando en una piscina de melaza, despacio, despacio... los sonidos se mezclaban con los gritos de Bets, el chirrido de otros frenos, de otros coches, un claxon en alguna parte, confusión...

Hasta que se golpeó la cabeza con el asfalto y todo se volvió negro.

CAPÍTULO 11

AMBER? Amber, despierta, soy Adam. Poco a poco, esas palabras empezaron a cobrar sentido. Amber abrió los ojos y volvió a cerrarlos enseguida, molesta por la luz.

—Ay...

—Abre los ojos, cariño. Vas a ponerte bien.

La voz de Adam le parecía un sueño. Y le dolía muchísimo la cabeza. Y la cadera.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —entonces recordó—. ¡Oh, no, no! ¡Mi niña...! ¡Mi niña, Adam!

—Tranquila, vamos a llevarte al hospital enseguida. En cuanto llegue la ambulancia —contestó él, poniéndole un estetoscopio sobre el corazón—. ¿Dónde te duele?

—La cabeza... y la cadera. ¿Qué ha pasado?

—Un coche se saltó un semáforo en rojo —contestó él—. El conductor iba borracho... y son las once y media de la mañana.

—¿Seguro que Jamie está bien?

—¿Quién es Jamie?

—La niña. Piensa llamarla así —contestó Bets por ella.

Amber abrió los ojos.

—¿Bets?

—Estoy aquí, cariño. No pienso moverme de tu lado.

—Yo tampoco —dijo Adam, apretando su mano—. No te duermas, Amber. Espera un poquito.

Enseguida le colocaron un collarín cervical y la subieron a una ambulancia.

—Ven conmigo, Adam.

—Iremos detrás de ti —dijo él, apretando su mano.

—¿No puedes venir conmigo? Tengo miedo.

No del hospital o de las heridas, que podían ser graves, sino de perderlo otra vez. No quería perderlo. Por nada del mundo. Ahora que la vida y el destino le habían puesto aquella trampa... ahora que lo había recuperado en las más extrañas circunstancias. No quería perderlo.

Poco después, Adam subía con ella a la ambulancia.

—¿De verdad voy a ponerme bien?

—Creo que sí. He pasado un miedo al verte tirada en el suelo...

—¿Mi niña está bien?

—Estoy casi seguro de que sí. Pero los médicos te lo dirán con certeza cuando lleguemos al hospital. La has protegido con tu cuerpo. Las madres hacen eso.

—Todo ha ocurrido tan rápido...

—El hombre está detenido.

—Podría haberme matado —murmuró Amber—.

En un segundo. Estaba hablando con Bets y, de repente, ahora podría estar muerta.

—Pero no lo estás. No pienses en eso, cariño.

Adam no dejaba de mirarla. Tenía una herida en la frente y algunas magulladuras, sobre todo en la cadera, pero las radiografías dejaban claro que no había daños internos. Y que la niña estaba bien.

Habría podido matar al conductor borracho. Nunca olvidaría el miedo que había sentido al verla en el suelo, pálida...

Pero iba a ponerse bien, iba a salir del hospital por su propio pie.

Su Amber iba salir de allí por su propio pie.

Pero a partir de aquel momento, no pensaba dejarla sola.

Su compañero lo llamó poco después porque seguían de servicio y, en silencio, Adam le prometió que volvería en cuanto terminase. Pasaría cada minuto con ella, estaría a su lado cuando despertara...

Y así fue. Cuando volvió al hospital, Amber estaba empezando a abrir los ojos. Sus padres estaban con ella, pero después de darle las gracias calurosamente salieron de la habitación.

—¡Adam! —exclamó Amber.

—¿Cómo estás?

—Me duele mucho la cabeza, pero no quieren darme nada por si tengo una conmoción cerebral. Y también me duele la cadera. Me duele la mano, me duelen los hombros, me duele todo.

—¿Además de eso, estás bien? —bromeó él.

—Muy gracioso. Seguro que estaré llena de cardenales durantes un mes, pero los médicos han dicho que estoy bien y la niña también. Saldré de aquí mañana —sonrió Amber, apretando su mano—. Gracias por todo.

—¿Gracias? Es mi trabajo.

—Pues gracias por hacer bien tu trabajo.

—De nada —murmuró Adam, mirándola a los ojos.

Había estado a punto de perderla… y no podía soportarlo.

Amber no podía dejar de mirarlo. No lo había visto en semanas y, seguramente, no podría quedarse mucho tiempo, de modo que tenía que aprovechar.

—Adam, quería hablar contigo. Por eso mis padres han desaparecido enseguida.

—Dime.

—Podría estar muerta ahora mismo.

—No pienses en eso. Vas a ponerte bien.

—Lo sé, lo sé, pero… podría estar muerta. Si ese conductor borracho hubiera girado un poco más a la izquierda o yo hubiera estado en medio de la calle, estaría muerta.

—Amber…

—Déjame terminar, por favor. Eso me ha hecho pensar. Yo soy una estudiante universitaria. ¿Puede haber una ocupación menos peligrosa que ésa? Y, sin embargo, he estado a punto de morir porque un hombre iba conduciendo borracho.

—Pero no ha sido así.

—Podría haber muerto y no tengo un trabajo peligroso. Sólo estaba cruzando la calle. Yo estaba tan preocupada por no enamorarme de alguien con un trabajo peligroso… y, al final, he sido yo quien ha estado a punto de morir. Eso me ha hecho pensar, Adam. Si hubiera muerto hoy, ¿sabes lo que más habría lamentado?

—No. ¿Qué?

—No haberte dado una oportunidad. Intentaba protegerme a mí misma, pero ¿de qué? Uno no se puede proteger de la vida, ¿verdad?

—No, creo que no.

—No debo eliminar los riesgos porque los riesgos siempre estarán ahí.

Adam asintió.

—Así es. No hay garantías.

—¿Y tú querrías compartir esa vida conmigo, Adam?

Él tragó saliva.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. Te quiero, Adam. La última vez que nos

vimos te hice daño porque tenía miedo, pero ya no lo tengo. Pasará lo que tenga que pasar, pero mientras tanto debemos estar juntos.

Adam la miró un momento, pensativo.

—Creo que tu estado emocional ha sido afectado por el accidente...

—No... O sí, es posible. Pero por primera vez, lo veo todo claro —sonrió Amber—. Ese día dijiste que me querías, ¿sigues queriéndome?

—Claro que sí.

—¿Y lo de casarte conmigo lo decías de verdad?

—Absolutamente.

—¿Querrías volver a pedírmelo?

—¿Te casarías conmigo? —preguntó Adam.

Amber asintió con la cabeza.

—Te quiero. Y no quiero vivir sin ti.

Él se inclinó para abrazarla, con cuidado para no hacerle daño.

—Yo tampoco. No sabes cómo te he echado de menos.

—Y yo a ti. Cada día era una tortura. He descolgado el teléfono un millón de veces para llamarte... Deberíamos casarnos antes de que nazca Jamie Marie, ¿no te parece? No te importa casarte con una mujer que va a tener un hijo, ¿verdad?

—¿Importarme? ¿Estás loca? Estoy encantado.

—Claro que también tendrás que soportar a mi madre, a Matt, a Virginia...

—¡Virginia!

—Sí, mi suegra.

—En fin... yo no tengo padres y, la verdad, me gustaría que mis hijos tuvieran un montón de abuelos.

—¿Tus hijos? —preguntó Amber.

—Claro. No pensarás tener sólo una, ¿no?

—No lo había pensado... bueno, sí, a veces me he preguntado si tendría más hijos —sonrió Amber—. ¿Sabes una cosa? Lo del accidente ha sido una bendición. De no haber sido por esto, habría seguido ciega...

—Es mejor no pensar en eso —rió Adam—. Vamos a casarnos, cariño, vamos a hacernos viejos juntos.

EPILOGO

22 de noviembre

ESTA comunicando —dijo Matt. Sara iba a decir algo pero, de repente, sintió un dolor terrible en el abdomen. —Respira, cariño, tranquila. Acuérdate de las clases de preparación al parto.

—Debe estar hablando con Bets... pero yo quería que mi hija estuviera en el hospital, conmigo.

—Lo sé, lo sé. Pero no te preocupes, lo importante ahora es llevarte al hospital, amor mío. Sara sonrió. —Muy bien, papá, vamos.

—Inténtalo otra vez —dijo Amber.

—Tenemos que marcharnos, cielo. Llevan una hora comunicando —suspiró Adam.

—Inténtalo otra vez, hombre.

—Una vez y nos vamos. No pienso dejar que tengas a la niña en casa.

—¡Ay! —exclamó Amber—. Esto duele...

—Nos vamos ahora mismo. No voy a esperar ni un segundo más —dijo él entonces.

—Lo sé, lo sé, no quieres que la niña nazca en casa...

La enfermera esperaba a Sara en la puerta de Urgencias, con una silla de ruedas.

—Siéntese, así le dolerá menos.

—Tengo contracciones cada dos minutos. Cuando tuve a Amber no eran tan seguidas.

—El segundo niño suele tener más prisa por salir —sonrió la enfermera.

—¿Ha llegado el doctor Anderson? —preguntó Matt.

—Sí, y esta noche va a estar ocupado. Otra de sus pacientes acaba de ponerse de parto...

—¡Ay!—exclamó Sara.

—Tranquila, cariño. Aguanta —dijo Matt.

—Sí, claro. Si te doliera a ti, ya veríamos.

—El doctor Anderson está ocupadísimo esta noche. Otra de sus pacientes acaba de ser ingresada —les informó la joven enfermera, mientras la ayudaba a sentarse en la silla de ruedas.

—¿No será Sara Tucker? —preguntó Amber.

—Sí, es la señora Tucker. ¿Cómo lo sabe?

Adam soltó una carcajada.

—Esto es de libro. Sara es la madre de Amber.

La enfermera miró de uno a otro, incrédula.

—¿Su madre?

—¡Ay, qué dolor!

—Respira, cariño, tranquila —dijo Adam.

—Estoy respirando. Si no respirase, estaría muerta —replicó ella —. Ve a decirle a mi madre que estoy aquí.

—No puedo dejarte sola, amor mío. Le pediré a la enfermera que lo haga.

—Ve a buscar a Amber. Dile que estoy aquí —insistió Sara.

—La enfermera me ha dicho que sabe que estás aquí. Y no pienso moverme. Amber está con su marido.

El doctor Anderson entró en ese momento, con la bata puesta.

—Bueno, creo que vamos a tener un niño, ¿no?

—Amber también —dijo Sara.

—Y Amber, lo sé. He mandado a mi ayudante para que esté con ella. Si tu parto es rápido, podré atenderla enseguida —murmuró el ginecólogo, palpando el cuello del útero—. Sí, ya está aquí. Bueno, vamos a trabajar, señora Tucker... tenemos que traer un niño al mundo.

—¿Sabe lo que tiene que hacer? —le preguntó Adam al joven médico.

—Si usted no sabe, mi marido sí. Es enfermero —dijo Amber.

—No se preocupe, he traído varios niños al mundo este mes. No le pasará nada.

Amber miró a Adam.

—No te apartes, por si acaso —le dijo en voz baja. —La he oído —sonrió el médico—. Y yo diría que su niña está a punto de llegar.

—A las dos y cuarto exactamente —murmuró el doctor Anderson mirando el reloj, mientras depositaba suavemente al recién nacido sobre el pecho de Sara.

—Ay, qué precioso es...

Matt lo observó.

—No es tan grande como yo esperaba. Y necesita un baño.

—Es precioso. Y será grande y fuerte como su padre.

—Te quiero, Sara —dijo él, inclinándose para besarla.

—A las dos y cuarto exactamente —murmuró el joven médico mientras le daba la niña a Adam—. Bueno, aquí tiene a su hija.

Adam envolvió a Jamie Marie en la mantita que le había dado la

enfermera, mientras el médico cortaba el cordón umbilical, y luego se volvió hacia Amber.

—Nuestra hija —dijo, orgulloso.

—Es tan pequeñita… Y es perfecta, ¿verdad que sí? —sonrió Amber, tocando suavemente sus deditos.

—Tan perfecta como su madre —contestó él, inclinándose para besarla—. Su padre estaría muy orgulloso de ella.

—Tan orgulloso como su otro papá —dijo Amber—. Te quiero, Adam.

—Y yo a ti, señora Carruthers. Para siempre.

Barbara McMahon — Serie Nuevas familias 2 — Un futuro juntos (Harlequín by Mariquiña)